

**ANNE MARIE
HOCQUENGHEM**

REGION GRAU

**RAICES
EN EL DESIERTO
Y HORIZONTES
EN LA SELVA**

AUSPICIA

COMANDANCIA DE LA PRIMERA ZONA NAVAL

**ANNE MARIE
HOCQUENGHEM**

REGION GRAU

**RAICES
EN EL DESIERTO
Y HORIZONTES
EN LA SELVA**

AUSPICIA

COMANDANCIA DE LA PRIMERA ZONA NAVAL

1996

LAS ECO-REGIONES NATURALES

1. ENTRE EL MAR TROPICAL Y EL MAR FRÍO: EL LITORAL

"Y, con todo, de espaldas y cara al cielo flotamos, flotamos ... en el mismo mar, porque los océanos se continúan unos con otros sin línea alguna de demarcación ni otra restricción para la distribución de los organismos marinos que factores como temperatura, profundidad y salinidad, pero justamente estos factores confieren particularidades que hacen del mar peruano uno de los más ricos del globo terrestre con faunas de los fondos marinos, con especies pelágicas y el opíparo y flotante plancton conducidos por nudos de corrientes marinas superficiales, medias y abisales..." (Gutiérrez 1991, t.III: 363).

Para conocer el océano hay que pasar de caleta en caleta y nadar de ola en ola en las playas que se extienden entre Tumbes y Punta Aguja, entre las calmas absolutas que se presentan con mucha frecuencia en el mar y que ahogan la tierra con una atmósfera sofocante y todos los vientos húmedos y fríos del océano más extenso y todos los vientos secos y calientes del desierto más árido.

a. El mar tropical

Para conocer el manglar hay que perderse en los esteros formados por numerosos brazos de los ríos de Zarumilla y de Tumbes, entre los manglares de El Salto y Puerto Pizarro, entre las crecientes y las vaciantes de las aguas salobres que despiden olores de muertes frescas y devuelven las imágenes de los que se perdieron para siempre. Hay que sentir la inmensa tristeza de los naufragos entre marismas siempre grises, que reflejan cielos eternamente plumizos de tiempos inmovilizados entre aires estancados, y de espacios encerrados entre horizontes que no se divisan. Entre los mangles siempreverdes, que no sólo recuerdan la muerte sino que hoy mueren, los que no dejan olvidar el gusto de vivir son los pájaros que anidan en lo alto de las ramas, las garzas blancas, los martín pescadores y las grandes fragatas, así como el saber que en los fondos turbios se recogen manjares con sabor a yodo, como cangrejos carnudos y conchas negras.

Antonio de Ulloa dejó a mediados del siglo XVIII una relación de lo que eran los manglares:

"El Salto, adonde llegué el 7 (de noviembre de 1740) por la noche, es un paraje, que sirve de Puerto à las Embarcaciones pequeñas como Chatas, y Balsas: està en lo interior de algunos Estéros, o Brazos de Mar: y en el de Jambelí, que dista de la playa de 14 a 16 leguas; pero totalmente despoblado, porque ni allí, ni en mucha distancia alrededor se encuentra agua dulce...

Tanto en aquel puesto, como en todo lo que cogen los Estéros son tan espesos los Manglares, que entretrejidias sus raíces, y ramas unas con otras, lo hacen totalmente impenetrable, y sumamente molesto por la abundancia de mosquitos; para los cuales no hay otro reparo que el de colgar el toldo, luego que se llega, y meterse dentro, hasta que estando prontas las cabalgaduras, sea hora de marchar. Lo interior del terreno, adonde el agua de las crecientes no alcanza, se compone de monte de otros arboles pequeños, y silvestres, en los cuales abundan mucho los venados, y tigres; y la imponderable mortificación de los mosquitos, trae a los pasajeros la comodidad de que, no dando tregua al sueño, prevengan la atención contra el inminente riesgo de los tigres; de que se han experimentado muchos casos bien lastimosos." (Juan y Ulloa 1748, ed.1978, LI, cap.1).

Miguel Gutiérrez resume:

Y este mundo se vuelve atroz entre los mangles - negros y salados - de los estuarios del Tumbes y Zarumilla que se adentran en el mar ecuatorial, suerte de caldeoado útero, de untuosa Estigia, donde prolifera una fauna anfibia y marítima de cangrejos, langostas y langostinos voraces y aun de pequeños caimanes, mientras los tiburones incursionan muy cerca de las playas ardientes. (Gutiérrez 1991, t.III: 393).

El Mar Tropical se extiende desde los 5° de latitud Sur hasta Baja California. Forma parte del reino tropical y de la región del Pacífico oriental, desde el Norte del Perú hasta el Sur de California. Las aguas son cálidas con temperaturas superiores a los 22° C en verano y a los 19° C en invierno.

La flora característica está constituida por fitoplancton, algas y por dos especies llamadas mangle negro y mangle salado que se encuentran en la boca de los ríos Zurumilla y Tumbes en una área de más de 28.322 ha. Esta zona es el extremo meridional del gran manglar que tapiza el fondo del golfo de Guayaquil y se mantiene aquí tanto por las lluvias como por los aportes de agua dulce del perenne río Tumbes.

La fauna más resaltante está compuesta por aves tales como albatros de las Galápagos, camanay, gaviota gigante, ave del trópico, ave fragata; reptiles como, serpiente de mar, tortugas marinas, cocodrilo americano; peces como tintorera, pez sol, tiburón martillo, anchoa, cazón, mero, merlín negro, y también muchas otras especies. Además no se deben olvidar los moluscos entre otros, caracoles, conchas negras, ostiónes.

despoblado, porque ni allí, ni en mucha distancia alrededor se encuentra agua dulce...

Tanto en aquel puesto, como en todo lo que cogen los Estéros son tan espesos los Manglares, que entretrejidias sus raíces, y ramas unas con otras, lo hacen totalmente impenetrable, y sumamente molesto por la abundancia de mosquitos; para los cuales no hay otro reparo que el de colgar el toldo, luego que se llega, y meterse dentro, hasta que estando prontas las cabalgaduras, sea hora de marchar. Lo interior del terreno, adonde el agua de las crecientes no alcanza, se compone de monte de otros arboles pequeños, y silvestres, en los cuales abundan mucho los venados, y tigres; y la imponderable mortificación de los mosquitos, trae a los pasajeros la comodidad de que, no dando tregua al sueño, prevengan la atención contra el inminente riesgo de los tigres; de que se han experimentado muchos casos bien lastimosos." (Juan y Ulloa 1748, ed.1978, LI, cap.1).

Miguel Gutiérrez resume:

Y este mundo se vuelve atroz entre los mangles - negros y salados - de los estuarios del Tumbes y Zarumilla que se adentran en el mar ecuatorial, suerte de caldeoado útero, de untuosa Estigia, donde prolifera una fauna anfibia y marítima de cangrejos, langostas y langostinos voraces y aun de pequeños caimanes, mientras los tiburones incursionan muy cerca de las playas ardientes. (Gutiérrez 1991, t.III: 393).

El Mar Tropical se extiende desde los 5° de latitud Sur hasta Baja California. Forma parte del reino tropical y de la región del Pacífico oriental, desde el Norte del Perú hasta el Sur de California. Las aguas son cálidas con temperaturas superiores a los 22° C en verano y a los 19° C en invierno.

La flora característica está constituida por fitoplancton, algas y por dos especies llamadas mangle negro y mangle salado que se encuentran en la boca de los ríos Zurumilla y Tumbes en una área de más de 28.322 ha. Esta zona es el extremo meridional del gran manglar que tapiza el fondo del golfo de Guayaquil y se mantiene aquí tanto por las lluvias como por los aportes de agua dulce del perenne río Tumbes.

La fauna más resaltante está compuesta por aves tales como albatros de las Galápagos, camanay, gaviota gigante, ave del trópico, ave fragata; reptiles como, serpiente de mar, tortugas marinas, cocodrilo americano; peces como tintorera, pez sol, tiburón martillo, anchoa, cazón, mero, merlín negro, y también muchas otras especies. Además no se deben olvidar los moluscos entre otros, caracoles, conchas negras, ostiónes.

b. El Mar Frío de la corriente peruana

Comprende el Pacífico oriental desde los 5° de latitud Sur, desde el Norte del Perú

b. El Mar Frío de la corriente peruana

Comprende el Pacífico oriental desde los 5° de latitud Sur, desde el Norte del Perú hasta el centro de Chile, donde ejerce su influencia la corriente de Humboldt. Forma parte de los reinos de los mares del sur. Limita hacia el norte con el mar tropical y hacia el oeste con la región tropical del Pacífico de alta mar. Las aguas, influenciadas por la corriente de Humboldt, son relativamente frías con temperaturas promedio de 13° C a 14° C en invierno y de 15° C a 17° C en verano.

La flora reúne numerosas especies de fitoplancton y algas que sería muy largo de enumerar.

La fauna está constituida por mamíferos, gato marino, lobo fino, lobo chusco, tonina, delfín, ballenilla, cachalote, ballena enana, ballena del Sur, ballena de aletas, ballena azul y ballena jorobada. Entre las numerosas especies de aves se puede mencionar principalmente: guanay, piquero, alcatraz, pingüino de Humboldt, potoyunco, chuita, brujillo negro, zarcillo, gaviota peruana, gaviota gris y marisquero. Hay más de 300 especies de peces entre los que se destacan la anchoveta, agujillas, angelote, bonito, cojinoba, corvina, jurel, pejesapo, asimismo se encuentran numerosas especies propias de moluscos y crustáceos, entre otros la concha abanico y la concha de pala.

Un día de setiembre de 1986 anotamos que en Máncora las balsas volvían cargadas de tollos, merluzas, lenguados, atunes, barriletes, caballas, machetes, guitarras, sables, rayas, diablos, chavelitas, potas. Otro día de diciembre había delfines, chanchos marinos, pámpanos, congrios rosados, merluzas, tollos, pericotes, diablos chavelitas, boca dulce, pez espada y pez aguja. Y un día de enero llegaron tiburones diamantes y congrios y en abril pota, barrilete, tiburón diamante, merluza, raya, guitarra, verrugata, diablicos, peces sierra y algunas tortugas.

Pedro Gutiérrez de Santa Clara, que según Marcel Bataillon nunca fué al Perú, pero quizás porque copió el texto de alguien que había pasado por estas tierras, describe, hacia 1548, embarcaciones con las cuales los pescadores siguen entrando en el mar y técnicas de pesca que conservan todavía:

"Los indios del pueblo de Paita, de Puerto Viejo, de Tumbes, y de la insula de la Apuna, y los de toda la marina, usaban de inmemorable tiempo acá, y el día de hoy lo usan, de unas balsas de madera liviana y seca, y de cañas, con unas velas latinas trianguladas y con un timón en la popa. Cuando quieren pescar entran en ellas y se van por la mar adelante más de cuatro leguas, con las velas tendidas, en viniendo el terral, y en tomando el pescado les sacan los ojos y se los comen lindamente sin tener ningún asco. Dicen los indios que si no les comen los ojos, que después no tomaran pescado alguno por más que trabajen, y así pescan con redes largas y con arpones, y con varas tostadas, y después de mediodía, viniendo la marea, se vuelven a tierra con las velas tendidas y las balsas cargadas de muchos géneros de

pescados.

... y todo el pescado que toman en el río o en la mar se lo comen crudo, y para mí tengo creído que a esta causa les nace a estos pescadores en todo el cuerpo el empeine o carácter que tienen, que siempre andan hediendo a pescado. En esta pesca toman muchos lobos marinos y se los comen cocidos, o asados en las brasas, y con las barbas que les quitan se limpian con ellas los dientes, y dicen que quita el dolor de las muelas y dientes. Y junto al puerto de Paita hay una isla grande que por haber en ella gran multitud de ellos tiene el nombre positivo de Lobos." (Gutiérrez de Santa Clara ed. 1548, III, 244, 242).

2. ENTRE EL BOSQUE TROPICAL, EL DESIERTO Y EL BOSQUE SECO: LOS VALLES

a. El Bosque Tropical del Pacífico

Tierra adentro, por senderos abiertos con machetes, hay que explorar el bosque tropical del Pacífico, inventariando de hito en hito los recursos naturales de la abandonada frontera con el Ecuador. Hay que internarse en el espesor húmedo del Caucho para familiarizarse con la flora y la fauna amazónica que se va a seguir observando a lo largo de toda la vertiente pacífica de los Andes hasta el Abra de Porculla.

Se extiende a lo largo de la costa del Pacífico desde el Norte del Perú hasta América central por los 8° de latitud Norte. En el Perú comprende un área poco extensa en el interior del departamento de Tumbes hasta la frontera con Ecuador, que es la parte más meridional de la eco-región, limitando por el oeste, el sur, y el este con la eco-región del bosque seco ecuatorial.

El clima, bajo la doble influencia de las bajas presiones ecuatoriales y de las corrientes cálidas de la bahía de Guayaquil, es tropical y lluvioso, con altísimas precipitaciones hacia el Ecuador y se vuelve más seco hacia el sur, con lluvias veraniegas y sequía de varios meses.

En el bosque tropical del pacífico la orografía es plana en gran parte y con ondulaciones. Los suelos son aluviales, con predominancia de litosoles, podsoles rojos-amarillentos y lateríticos castaños. En la parte peruana el río principal es el Tumbes y es de notar que en estos parajes no hay lagunas.

La formación vegetal predominante es un mosaico de bosque tropical-sabana, bien diferenciado del despoblado que se extiende más al sur, por la abundancia de las especies forestales y el retorno anual de la sabana. Efectivamente, la orientación prácticamente este-oeste de la costa, la rápida elevación de las colinas, tierra adentro, hasta cerro El Caucho, y el aumento brutal de las precipitaciones hacen

que en unos 40 km se pase de la maleza de arbustos xerófitos y de cactus gigantes de las colinas de arcilla miocena a la sabana arbórea de xerófitas densas, en unos veinte km. de profundidad. Luego se encuentra el bosque tropical siempreverde sobre las vertientes mismas de El Caucho donde caen lluvias de 1,500 mm permitiendo el crecimiento de la pluviselva tropical del Pacífico.

En resumen, según Collin Delavaud (1984:34), las gramíneas prevalecen sobre las leguminosas, y otras especies leñosas las obstruyen y las ahogan, haciendo manojos de "repulsas" rápidamente transformados en matorrales espinosos que obligan a los ganaderos a provocar incendios repetidos y molestos para el equilibrio de las especies útiles. El bosque que recubre los flancos de El Caucho constituye la más hermosa reserva de especies tropicales de la costa, donde las bombácaceas, ceibo, balsa y plátanos americanos ocupan el lugar más importante frente a las moráceas, caucho y ficus. Se observan además palo de vaca, guayacán, amarillo, hualtaco, cedro, almendro, canelo, laurel, huasimo, palo ajo, pretino, cético entre otras especies. La hierba es más o menos densa y más o menos alta según los años en razón de la considerable irregularidad de las lluvias, pero crece todos los años entre enero y mayo, salvo muy raras excepciones.

La fauna es de origen amazónico. Los mamíferos están representados por sajinos, jaguares u otorongos, pumas, venados colorados, venados grises, perezosos, armadillos de nueve bandas, nutrias, murciélagos, etc, y dos especies de primates en la parte peruana, coto de Tumbes, y machín blanco. Las aves y reptiles son muy numerosos, vimos loros cabeza roja, perico macareño, loro negro, pava de monte, cocodrilo de Tumbes. En el río Tumbes los peces están representados por especies que los biólogos clasifican como Characidae, Erythrinidae, Lebiasinidae, Pimelodidae, Loricariidae y Cichlidae.

Quizás otra vez es Miguel Gutiérrez quien logra mejor evocar los bosques húmedos tumbesinos:

"Poco después, espesos matorrales espinosos dan comienzo a la sabana tumbesina que pronto, siguiendo la dirección nororiental, sobre todo en torno al cerro El Caucho, se transforma en mosaico de bosques tropicales donde los algarrobos son una especie extraviada, sobreviviente, en medio de las palmeras, los platanales, las cañas de Guayaquil, los palos de balsa, los higuerones, los árboles de caucho y variedades de cactéas, que son el quitasol verde, la envoltura tornasolada de un mundo oscuro y purulento de hormigas rojas, de mosquitos y moscardones, de infinidad de jejenes y zancudos, de arañas, de sutiles agujijones ponzoñosos.(Gutiérrez 1991, t.III: 393).

b. El desierto del Pacífico

Para gozar de los paisajes del desierto del Pacífico hay que bordear el océano de la caleta de La Cruz, al Suroeste de Tumbes, por Zorritos y los mares hondos de

Máncora y Organos, al pie de los acantilados guardianes de los tablazos, hasta Cabo Blanco y Talara. Se siguen riberas de finas arenas blancas donde las mareas depositan substancias vegetales y animales carcomidas por la sal y blanqueadas por el sol, troncos plateados arrancados a los montes norteños, huesos pulidos de lobos de mar, de peces velas, de toninas. Son playas donde se reúnen los ejércitos de pelícanos y gaviotas bajo un cielo animado por vuelos de tijeras de mar y de fragatas, donde los gallinazos de cabeza roja y los gallinazos de cabeza negra esperan pacientes entre oleajes y resacas los cuerpos de los seres muertos en alta mar que disputan a los millares de cangrejos que corren en diagonal, en nubes rojas entre las cangrejeras y los restos putrefactos.

En los diarios de campo, de 1986, quedan recuerdos de las extensas playas de Máncora y Cabo Blanco:

"Tengo la arena y la roca, los cangrejos que huyen en diagonal bajo las balsas encalladas. En la luz del amanecer, tengo las bolicheras al ancla y sus equipajes de pelícanos. Tengo el vuelo de las aves marinas, el alcatraz, la gaviota, la golondrina de la tempestad, el cormorán, la tijera de mar, la gran fragata y, encima del acantilado, inmóviles, el gallinazo de cabeza roja y el gallinazo de cabeza negra. En las olas, hacia el horizonte, nadé y nadé hasta no poder, hasta el sol del medio día. Gocé la tibieza del agua.

Tengo el alga y el mar, el lento retorno de los pescadores a la sombra de la vela contra el viento del sur. En el aplastante calor de la tarde tengo el pescado crudo y el limón verde. Tengo los nombres, las formas, los colores de todos estos peces jamás vistos. En las olas, hacia el horizonte, tengo el sol rojo que tantea, se infla, se alarga, se extiende, se deforma, se pliega, se estira, se enciende de placer y desaparece en un hueco del tiempo, en un instante del espacio. Probé la fiesta del poniente.

Tengo la espuma y la resaca, los tonos inestables y los volúmenes evanescentes de las nubes del anochecer a lo largo de la playa. En la humedad de la noche reconocí la costa. Los ojos ciegos de sal y de luna recordé y me fueron devueltos mis amigos de muy lejos y de hace tiempo.

¿Recuerdas? Era en el frío de París, me contabas Piura, el desierto y el océano, las casas de los pescadores al pie del acantilado, el bar de Hemingway, los peces espadas, los peces velas, los peces guitarras y todos estos peces jamás vistos. Había olvidado, era muy lejos en el gris de París, me decías de tomar el tiempo de probar la tibieza del agua y de gozar de la fiesta del poniente.

Tengo la tibieza del agua y la fiesta de poniente, estoy tranquila aquí, sola y triste también, a pesar de la ternura de la voz que me interroga, de la mano que me detiene, tengo frío, si recuerdo, pero no quiero volver."

Entre todos los olores de mar, hay que seguir caminando de Amotape a Paita, por la bocana del Chira y los arenales de Colán, cruzar los relictos de manglares de la desembocadura del Piura, avanzar por el pueblo hundido en la arena de Chuilliyache, los puertos de pescadores de Mataballo y Parachique, hasta las salinas y los refugios de aves de especies amenazadas de desaparición en el estuario fosil de Virrilá. Continuar hacia las rocas de Punta Aguja donde siguen anidando los cóndores marinos y descansando los pinguinos de Humboldt, y llegar a ver el rojo fuego de los médanos y las sombras doradas del sol poniente en el desierto de Sechura, hacia Mórrope.

Es necesario, además, subir y aventurarse en los extensos tablazos solitarios que encierran conchas ahogadas en diluvios de otros tiempos en sus estratos de sedimentos ocreos de mares anteriores, paleozóicos, cretáceos, eócenos y miócenos. Hay que hundirse entre los pliegues doblados y fallados, arrasados después de varias fases de plegamiento, de levantamiento y de hundimiento que, desde fines del pliocenio fueron abrasionados al oeste por las transgresiones de mares cuaternarios y recubiertos al este por grandes glaciares de acumulación. Hay que descubrir, en el corazón de los tablazos, los depósitos de arenas que protegen el sueño de una fauna y una flora marinas fosilizadas.

En medio del paisaje mineral de los tablazos hay que entregarse a los vientos irregulares, seguir hasta el borde del acantilado los torbellinos producidos por el calentamiento irregular de las diferentes afloraciones superficiales y las fuertes trombas, cuyos diámetros varían desde un metro hasta más de diez metros, que arrastran y levantan verticalmente polvo, paja seca, piedrecitas. Estos vientos pueden conducir, en los días de soles agotadores, hasta el ojo de agua dulce que nace entre dos capas de arcilla, escondida en las profundidades geológicas y mantienen siempre verdes los algarrobos y faiques, los zapotes y las raíces de yuca del monte, así como conservan húmedas las huellas de los campamentos de cazadores y recolectores muertos desde hace 12 milenios. Otros días de brumas pacíficas estos mismos torbellinos llevan entre los grises de los horizontes, a las cercanías de los charcos de Brea que atestiguan de las riquezas en petróleo, almacenadas en los interiores de los fondos marinos encallados al pie de los cerros Amotape.

Por los cordones litorales abandonados tras todos los maremotos de la historia en las playas de la bocana del Chira a la bahía de Paita, hay que sorprender los remolinos del atardecer que despiertan a los arenales adormecidos por el sol de Colán, y dejar de lado los pequeños huracanes de quebradas que asaltan, cual zarpazos malévolos, con humores de desiertos que saben a sal amarga, en las rutas escondidas de las noches sin luna de Paita.

Pasando de noche entre las dunas y las salinas del desierto de Sechura, para evitar las visiones imposibles y los espejismos enloquecedores, hay que detenerse entre las lagunas de Ramón y Napique y ver el despertar de las blancas garzas reales, de los flamencos rosados, el sacudir de los patos que se deslizan entre los totorales amarillentos.

Es necesario recordar que el desierto no es sólo arenas. En las grandes depresiones del desierto de Sechura el caminante cruza las salinas que reflejan los colores del día, opalinas en la madrugada, doradas al medio día, moradas al atardecer. Los tiestos de cerámica milenaria atestiguan de la antigüedad del aprovechamiento de la sal en esta zona. Hoy otras riquezas acumuladas en el vientre de las dunas se explotan, así los fosfatos de Bayóvar.

Pero veamos como Ulloa describe el desierto Pacífico entre Tumbes y Sechura:

"Hay desde el Pueblo de Tumbes hasta la Ciudad de Piura, según el más recto computo, 62 leguas, que anduvimos en 54 horas sin contar las de descanso; y el paso largo, y permanente de aquellas bestias se debe regular a más de legua por hora. Hasta el Pueblo de Amotape, que es la única población de este tránsito, se superan 48 leguas: lo restante es despoblado, y por esta razón no se hace mas que dar dos, o tres horas de descanso a los bagajes, cuando lo necesitan, o hay comodidad para que beban algunas aguas salobres, y encharcadas, que son las que suelen encontrar. Salese de Tumbes atravesando su río en balsas; y despues se continúa el camino por entre espesos bosques de algarrobal, y de otros árboles, cosa de dos leguas, las que concluidas se sale a la playa, y esta no se deja hasta Mánкора distante de aquel pueblo 24 leguas. Para esto se procura coger en la fuerza de la vaciante un paraje llamado Malpaso, que està como a 6 leguas de Tumbes; porque siendo un eminente Peñón cortado a escarpe, adonde bate, y sube el mar con la creciente; y no habiendo comodidad de camino sobre él por las muchas peñas, quebradas y precipicios, que estorban, es forzoso pasar por allí, y no arriesgarse en toda su distancia, que ocupa media legua, a que creciendo el mar, cierre el estrecho camino, que deja, cuando està bajo. En lo demás de este primer tránsito hasta Mánкора es preciso lograr la coyuntura, de que la mar no se halle en plena creciente; porque como todo aquel territorio se compone de arenales muertos, a la primera legua se fatigan las cabalgaduras, y no podrían continuar: y así se busca el camino por la playa, que lava la resaca con el agua, o batidero de las olas, donde encontrando alguna mayor firmeza, evitan lo más pesado de la arena. Mánкора es un sitio, por donde en invierno corre un pequeño arroyo de agua dulce, y en él hallan bebida las mulas. Del verano apenas quedan

unas pozas en su madre de agua tan salobre, que solo la necesidad puede hacerles tolerable su salado gusto: en las orillas de este arroyo, que se fecundizan con su humedad, hay muchos algarrobales crecidos, y tan espesos que forman un sombrío monte.

Desde Mánкора continúa el camino otras 14 leguas por entre áridos cerros algo apartados de la playa con algunas subidas, y bajadas hasta una quebrada nombrada de Parifias; en la cual sucede lo mismo que en Mánкора, y es la segunda parada. Desde esta prosiguen otras 10 por llanos de arenal hasta el pueblo de Amotape siempre a alguna distancia de la Mar." (Juan y Ulloa 1748, ed.1978, LI, cap.1).

Pasando Amotape y el valle del río Chira:

"... comienza un arenal, donde los arrieros más diestros, o más prácticos indios suelen perder la dirección del camino; pues mudando el viento los médanos, o montes de arena, que pudieran servir de señal, borra las sendas, y en un horizonte terrestre, no queda mas arbitrio que el de gobernarse por el oriente del sol, si es de día; o si es de noche por algunas estrellas: circunstancia, que no atendida de la poca reflexión de aquellos indios, suele causarles frecuentes extravíos, de que solo salen encontrando a costa de alguna diligencia, el rumbo verdadero.

De lo que se ha dicho, podrá conocerse lo molesto de este tránsito, en que además de ser preciso llevar lo que se ha de comer hasta Amotape, se ha de hacer lo mismo con el agua, y tener la precaución de llevar Yesca, y todo lo necesario para encender fuego: pues sin ello no hay otro recurso, que el de comer fiambre. En el territorio de este último tránsito se halla una mina de Copè; y de ella se saca mucha porción para llevar al Callao, y otros puertos, donde tienen bastante consumo; porque se emplea en las embarcaciones en lugar de alquitrán: bien que tiene el defecto de quemar las jarcias; pero su poco costo hace que mezclandolo con aquel, se sirva de èl."

Y sigue Ulloa describiendo el camino por el desierto de Sechura:

"Lo igual y unido de este llano, su espaciosa distancia, y la facilidad de borrarse el camino por la inconstancia del suelo hace, que pierdan la senda aún los más prácticos: pero su habilidad consiste en tales ocasiones en volverla a recobrar; para lo que se valen de uno de dos arbitrios. El primero llevar el viento de cara, cuando van hacia Lima, y al contrario al tiempo de volver; porque reinando constantemente los vientos sures, estan seguros de no padecer

engaño con esta regla: y el segundo coger arena en distintas partes, y olerla, pues por el olfato distinguen si es, o no por allí la vereda; en la cual siempre queda alguna impresión del estiércol de las mulas. Los que no se hallan con suficiente práctica de tales sitios corren mucho peligro si rendidos del sueño, o del cansancio se atrasan, y se paran; pues cuando vuelven, se ven sin poder deliberar en la derrota, que han de seguir, y perdido el tino una vez, perecen de necesidad, y fatiga, como ha sucedido a algunos."

El desierto del Pacífico se extiende por la costa desde los 5° de latitud sur hasta los 27° hasta el norte de Chile, con un ancho variable. Limita por el norte y el noreste con la eco-región del bosque seco ecuatorial. En Piura ésta se presenta entre Zorritos y Mánкора como una extensión de suaves colinas que no pasan de unos 100 metros de altura. Pasando Mánкора sube entre una serie de tres tablazos que dominan desde sus acantilados el océano y se diferencian por sus antigüedades y altitudes. El de Mánкора es el más antiguo y elevado, pasa los 200 metros, el de Lobitos, más moderno y de mediana altitud y el de Talara, que es el más reciente y de menor altitud, vigilan estos tablazos los cerros de Amotape que pasan los 1000 metros de altura. Cruzando el valle del Chira se sube al tablazo de Paíta que alcanza unos 100 metros. Por encima de estos tablazos se yerguen los cerros de La Silla de Paíta que llegan hasta cerca de 400 metros de altitud.

El clima se caracteriza por ser cálido en verano y templado en invierno, al sur de Cabo Blanco el desierto del Pacífico es tibio debido a la cercanía de las aguas frías de la corriente de Humboldt que se manifiesta de dos maneras, por su capa de agua fresca y por la nubosidad que ella engendra. Hay que notar que en las caletas del extremo norte suele garuar por Semana Santa y a comienzos de agosto reverdecen los faiques y zapotes que crecen escondidos en las quebradas de los tablazos. Pero no hay cielos ni mares tan tristes como los de las caletas bajo la llovizna, y es el tiempo de la tentación de la nada, donde nada mueve y nada duele, de la tentación de la muerte, de la tentación del embarque hacia el otro mundo de los que tanto quisimos y que se fueron, es el tiempo del rito siempre aplazado que permite aceptar el luto del alma como sustancia de la vida, es:

"...la ruptura temporal (ah, y a veces definitiva) del precario equilibrio entre las pasiones y la razón, esos dos baluartes del alma. Y entonces la volición, poder dirimente, sucumbe o cae hechizada, avasallada por el torrente de los agentes de la destrucción. Porque ¿qué son los ritos (que pueden incluir salvajes hecatombes), el llanto individual y colectivo y secretas ceremonias, como la profanación, sino acciones terapéuticas, mágicas conjuraciones contra la ausencia de deseos, la más perniciosa de las pasiones

tristes del alma?" (Gutiérrez 1991, t.III: 369).

Y quedan en los diarios de 1995 recuerdos de estas garúas en tiempos de duelo:

"LLuvia verde gris sobre la mar, lágrimas gris plomo sobre la arena. Lágrimas de lluvia sobre mi piel, lluvia de lágrimas sobre mis recuerdos. En la playa húmeda soy la raíz carcomida por la sal que la resaca arrastra, soy el hueso blanqueado por el sol que la corriente lleva. Llora mar adentro este padre tan difícil de querer y todo el mal de amar y seguir amando los amigos que se fueron. En el océano profundo soy la guitarra recogida en el silencio, soy la manta extendida en la oscuridad, descanso entre las algas de todas las tormentas y de tantos naufragios."

Pero apenas asoma la luna entre la neblina y amanece el sol en el cielo resplandeciente, vuelven los anhelos de vivir:

"En el viento del norte soy la vela mojada que busca la caleta, soy la balsa que vuelve de su soledad. Bordo en la noche tranquila el baile plateado de la ola con la luna. En el viento del sur soy la tonina que no sabe si prefiere el agua o el sol, soy la fragata que no termina de probar el sabor de la mañana, quemó en el ardor del medio día mis ataduras, anuló el tiempo, conjugó confines, sueño imposibles. Rompen espumosas las olas de Colán, deslizan sedosas las mareas de Paita, amanecen anacaradas las bolicheras de Yacila, atardecen tornasoles los acantilados de La Tortuga."

Y se siguen anotando datos que servirán para la elaboración de algunos artículos o libros. El relieve del desierto costero es llano y ondulado entre las zonas escarpadas de tablazos y se describe, en la literatura especializada referente a suelos, como una región yermosólica con fluviosoles, regosoles, solonchaks, yermosoles, xerosoles y litosoles.

Se sabe que los ríos con aguas abundantes que cruzan el desierto formando valles oasis son los de Tumbes, Chira y Piura, pero pocos conocen las numerosas quebradas grandes que sólo se llenan los años lluviosos y bajan de los cerros Amotape, como las de Bocapan, Máncora, o Pariñas, con amplios lechos cubiertos de algarrobales hasta el borde del mar. ¿Y quién recorrió desde la Silla de Paita la pequeña quebrada que desemboca en Punta Picos los años de fuertes Niños o las quebradas olvidadas de la península de Illescas?

En estas zonas de la franja litoral, que durante varios años no reciben verdaderas lluvias, el desierto es casi absoluto sobre los tablazos y las pampas de interfluvios si bien alberga, a pesar de todo y en un gran esfuerzo de conservación natural, una vegetación dispersa y raquítica en los límites de la supervivencia. La cobertura vegetal normalmente escasa, salvo los años lluviosos, se hace más densa en los oasis fluviales y en las lomas. Las formaciones más resaltantes son, desierto con escasa vegetación de bromeliáceas, las lomas con algunos zapotes y faiques, y bosques de galería a lo largo de los ríos, gramadales.

La fauna es rica en endemismos. Entre los mamíferos se destacan 14 especies de quirópteros, murciélagos, varios roedores, carnívoros como zorros, pumas, sin olvidar el tan bello venado gris. Las aves están representadas por muchas especies, algunas en vías de extinción. Entre los reptiles se notan tres especies de ofidios, uno es el mortal coralillo, hay saurios endémicos, un solo anfibio, varios peces y crustáceos en las lagunas que son los manjares de las aves lacustres.

¿Donde termina el desierto y comienza el despoblado? No existe frontera ni zona de transición entre estos dos aspectos porque, como lo pudimos comprobar en nuestras travesías solitarias bajo soles ardientes y lunas enloquecidas:

"... las avanzadas de la estepa arbusiva penetran en la llanura desértica y los arenales y los médanos aniegan las coberturas de bosques incipientes. Las enormes pampas con sus médanos pardocastaños que existen entre Sullana y Paita y entre Paita y Sechura prefiguran el gran desierto que se abre y extiende al sur del pueblo de Sechura. Sobre la superficie grisácea - aspecto que le confiere la abundancia de guijarros, pedruzcos y gramíneas calcinadas - las dunas de arena blanca y grano casi impalpable se suceden formando verdaderos archipiélagos que los fastos del sol canicular tornan laberínticos. Pero no es un desierto muerto ni estéril ... cortan los dunales hondonadas y cicatrices dejadas por ríos y torrentes extintos, a cuya vera crecen matas desmedradas, arbolillos negros y polvorientos engarfiados a las laderas; pero aún en el corazón del desierto - allí donde no se atreven ni los zorros ni añaces, ni las mismas culebras ni lagartijas - de tanto en tanto una vegetación rampante y erizada se aferra a las dunas o en torno a zapotes achaparrados, que son los árboles más estoicos y menos exigentes de la tierra piurana. Cuando los chopos espinudos y los zapotes invaden complejos de dunas, el paraje adquiere la apariencia de un magro oasis y aunque ninguna charca aflora a la superficie una pequeña fauna de hormigas, de roedores y de pájaros, como el pampero y la putilla, conviven y contienden disputándose los brotes amargos y los ásperos frutos del zapote.

La aparición de algarrobos (y de algunos vichayos o faiques u oberales) entre los chopos y zapotes hace pensar, a quien por primera vez ha emprendido la travesía, en la terminación del desierto. la choza y la ramada levantadas por leñadores y pastores con horcones, vigas y tablas de algarrobo y varas de oberal, el hato de cabras, los jumentos, el corretear de las lagartijas, los nidos de los chilalos, el canto de las soñas y luisas y el fresco olor a agua cenagosa reafirmarán a nuestro caminante en lo que es casi una esperanza. Pero si continúa su marcha, rumbo siempre al sur, se encontrará de nuevo con el desierto, porque aquella extensión verde oscura que ahora empieza a difuminarse en la lejanía era lo que los lugareños conocen con el nombre de "vegas", como la vega del caballo, del venado, la vega redonda o la de El Canizo... Mantener el rumbo en medio de la llanura - una llanura envolvente, sin confines - resulta empresa ardua y azarosa.

Donde debiera quedar la línea azulenta del mar es una inmensa planicie fosforescente, como si el desierto salitroso y recargado de fosfatos hubiera colmado la plancha marina y no existe ningún punto en la vastedad que pueda servir de orientación; y causa vértigo y anonada esta visión, de modo que de no cruzarse con algún arriero el expedicionario novato estaría condenado a errar encalavernado; pero el azar le ha sido favorable y el arriero que con su cargamento de pescados salpresos se dirige también al despoblado le servirá de guía; caminarán por entre llameantes ondulaciones de dunas peladas, flanquearán de tiempo en tiempo lomas cenicientas, blancas o rojizas, sentirán soplar el viento del atardecer y cuando los arenales comiencen a tefñirse de púrpura llegarán a otra vega donde al abrigo de las avalanchas de arena podrán hacer la noche y llenar las limetas con agua de sabor a abrevadero.

Al reanudar la travesía no se piensa ya en el final del desierto. Se atraviesa parajes espinudos y vegas intercaladas por dilatadas planicies y agrupaciones de médanos candentes; después, flanqueados por colinas de arena, comienzan a sucederse espacios hinchados de una yerba amarillenta y salpicados de arbustos, por donde señorean las iguanas, silban ya las chirocas, los chigüisos y los negros, incordian los choquecos con sus cantos roncros y destemplados y los zorros vigilan el paso de quienquiera merodee el lugar. Pero este es un andurrial limitado, precario, que pronto sucumbe a los asedios de los arenales y a extensiones de pampas calizas y pedregosas; sin embargo, cuando menos se piensa o cuando se cree haber ingresado a otra superficie esteparia cautiva, el tupido manto de pastizales agrestes - gramalote, diente de león, verdolaga, trébol, suravilla, naparo, uña de ratón, taralla - vence el bloqueo de las arenas formando una extensa alfombra en que la estepa se muda sin transición en sabana arbusiva de matorrales abigarrados. Ha terminado, entonces, la travesía." (Gutiérrez 1991, t.III: 393-395).

c. El Bosque Seco Ecuatorial: formación zapotal-algarrobal

En medio de la barahúnda de los insectos y el silbido de todos los pájaros de la costa piurana hay que penetrar en el despoblado, un enorme territorio de arbustos y árboles en que la nota distintiva la dan los algarrobales que proliferan en esta zona en asociación con los zapotales. Por caminos que se pierden en los bosques entre las enfebradas quebradas secas y los desenfadados valles irrigados, lo que hay que probar es la tibieza del amanecer, el calor del medio día, los perfumes del anochecer. Rastreado las huellas de las carretas bajo cielos de alboradas suaves como pechos de cuculí, cielos de días ardientes y cielos de atardeceres estremecedores como sangre de cristos morados, lo que fascina son todos los juegos entre luces y sombras bajo las ramadas. En las oscuras noches de tímidas garúas pacíficas como de fuertes aguaceros amazónicos, en los brillantes días dorados de años de sequías, como entre todos los tonos de verdes de los años de lluvias abundantes, hay que seguir y seguir descubriendo los diferentes aspectos y

los múltiples avatares de los despoblados.

Entre la orilla del mar y los 500 metros de altitud se encuentra una de las dos formaciones del bosque seco ecuatorial, la del zapotal y algarrobal. Comprende una franja costera de 100 a 200 km de ancho en Piura, desde los 0° 30' a los 5° de latitud sur, desde la península de Santa Elena, el Golfo de Guayaquil y la Isla Puná, en Ecuador, gran parte de los departamentos de Tumbes, Piura y Lambayeque, hasta el departamento de La Libertad (7° 40' de latitud sur), ya en las vertientes occidentales de los Andes. Penetra hasta el valle del Marañón, hasta los 9° de latitud sur, ocupando el piso inferior. Limita por el norte y noreste con la eco-región del Bosque Tropical del Pacífico, por el oeste con las eco-regiones del Mar Tropical del Pacífico y del Desierto del Pacífico, por el este con las eco-regiones de la Selva Alta y Baja.

En la región Grau el clima es cálido y seco, más fuerte hacia el este por la lejanía del mar, la precipitación varía según los años aumentando hacia el norte, con lluvias veraniegas. Según Collin Delavaud, que seguimos al pie de la letra, el clima del extremo norte es de lejos el más original de toda la costa peruana, cálido y soleado, provisto de algunas precipitaciones no despreciables, pero terriblemente irregulares, está ligado a la proximidad de la sierra, al ensillamiento septentrional y a la latitud. Una franja de 40 a 50 km. de ancho que corre de Jayanca, al norte de Lambayeque, hasta Tumbes constituye este dominio. Un piedemonte alto de alrededor de 100 a 500 m. de altitud, a menos de 70 km. del litoral. Este piedemonte llega a 150, ver 250 km. en el sur y centro, acercándose poco a poco al mar hacia el norte para alcanzarlo solamente en Tumbes. Esta franja climática es la "saheliana" del norte, que no es zonal sino oblicua, y que envuelve el dominio costero septentrional, como lo hace a través de toda América del Sur el margen sub-árido siguiente al este, a la diagonal desértica del continente.

Son las precipitaciones más que las temperaturas las que caracterizan este conjunto. En cuanto a las segundas, las medias anuales son siempre superiores a 24° C, o sea 25° C en Olmos y 25.5° C en Pabur, a 140 y 110 m. al sur, también 24.2° C a 500 m. en San Lorenzo y 25.4° C a 80m. en Mallares, en el centro. Finalmente, los 25.3° C de Zorritos al norte, al borde del mar, quedan como un límite inferior del que debemos satisfacernos a falta de una estación al interior de las tierras, ya que la de los Cedros es muy reciente. Las temperaturas en el interfluvio de los ríos Tumbes y Zarumilla son, al parecer, mucho más elevadas.

Las garúas invernales se desconocen como la bruma que las produce. El mar de estratos sólo se forma en las mañanas de invierno, pero por el contrario el alto techo nuboso de origen atlántico recubre esta zona casi todo el verano y el coeficiente medio anual de nubosidad alcanza 5/8 en Pabur. Finalmente, la humedad relativa bien representada por el 68.8 % en Pabur a 100 Km. del océano es inferior a la del litoral, mientras que la evaporación es allí más fuerte como consecuencia de una temperatura más elevada a pesar de la nubosidad, alcanzando 6.8 en San Lorenzo y 7.7 en Piura, a 110 y 55 Km. del mar y a 500 y 50 m. de altitud respectivamente.

Las precipitaciones estivales comienzan en noviembre y terminan en mayo con una máxima de 91 a 89 mm. de módulo mensual en febrero y mayo, y la media anual de Pabur con 283 mm. indicando su amplitud. Pero ésta disminuirá rápidamente a medida que nos alejamos de la sierra por una parte, y hacia el sur por otra. A falta de estación, el límite de la vegetación "saheliana" permite fijar el límite de estas lluvias en Jayanca al Sur en Lambayeque y los Cerros Chalpón y Huacrupe al Oeste. Piura, a 50 Km. del mar pero también a 70 Km. de la sierra donde la media anual sólo es de 73 mm. y donde el despoblado desaparece constituye un jalón clave para definir las precipitaciones límites occidentales de esta franja.

El relieve de esta eco-región de bosque seco ecuatorial es, en general, llano con ondulaciones, más montañoso hacia el este y el sur. En cuanto a suelos, predominan los salinos, arenosos, francos y arcillosos. Los ríos del extremo norte y los cursos de aguas temporales cavan sus lechos arenosos en medio de los bosques secos.

La formación del Algarrobal y Zapotal es una estepa arbórea de sub-bosque herbáceo excepcional y en el despoblado prevalece antes que nada la cobertura leñosa rala. Allí crece, en primer lugar, el algarrobo americano, leguminosa de hojas caducas cuyo tronco torcido, ramas abiertas en sombrilla, follaje verde oscuro muy delgado, y su fruto, una vaina color de ámbar y de intensa dulzura, componen la silueta más familiar de todo el norte costero. Cubre extensiones del despoblado, pero también las terrazas secas de los valles y los lechos de las quebradas y ríos secos. Gracias a su aptitud de hundir sus raíces a 30 metros del pie y a 15 o 20 metros de profundidad, resiste a los deslizamientos de terrenos y a los escurrimientos superficiales durante las lluvias extraordinarias, y busca la humedad en las profundidades de la tierra los años secos. Este árbol que llega a alcanzar hasta 20 metros de altura, es el árbol milagroso, el árbol de vida, pues provee al hombre que vive en el despoblado de madera, combustible y forraje.

El zapote, de silueta raquítica cerca al mar se eleva y espesa a medida que se acerca del piedemonte, tiene un follaje más ancho y lustroso, y es aún menos exigente que el algarrobo. Sus formas extremadamente degradadas se arrastran sobre las dunas, sus troncos torcidos se yerguen solitarios como centinelas avanzados en los confines del despoblado y del desierto, y en el espeso monte seco se desenvuelven como dignos señores arboles. Miguel Gutiérrez describe un zapote en medio del despoblado:

"Ni pencas ni cactus ni chopos espinudos, sólo el legendario, el siniestro (y no obstante, martirizado) Zapote de Dos Piernas mantiene en pie, desprovisto sí de copa y de ramaje desde el cual, por ejemplo, se pueda ejecutar por ahorcamiento a algún insurrecto o paria de la tierra; sólo resiste (y acaso resistirá unos 50 o 100 años más) el tronco alto, grueso y sarmentoso, y con todo, compacto y firme, asentado sobre dos extremidades macizas, arborantes retorcidas y nudosas, cuyas raíces - luego que la semilla errante por un azar estallase de vida- debieron abrirse paso, hundiéndose,

escarbando con todas las uñas y garras y sed, y furia hasta encontrar alguna napa freática que alimentó, que alimenta (que seguirá alimentando) a este árbol extraviado e indómito y condenatorio de la barbarie de los poderosos. Es posible con algún esfuerzo arrancar con las simples manos tirajos y bandas de corteza que son chamizas calcinadas y crujientes, pero torrentadas de savia mantienen al zapote en pie, ya que aquí y allí brótale la resina, la preciosa goma de este árbol, que más me pareció, Deyanira, el pus de un cuerpo llagado, leproso, lenta y pacientemente corroído desde adentro, pero negándose y luchando por no morir.

Y este árbol (¿o es pertinente decir ex-árbol, como se dice ex-hombre?) es el único signo de vida en tres leguas a la redonda, pues (el zapote) se levanta sobre un páramo de tierra muerta, una planicie yerta, blancoparduzca como un vasto osario reducido a polvo...

La tierra en razón de su ingravidez (no de su color) tiene la consistencia de la ceniza, imagina un polvo estéril, inmundo y malsano que aquí llamamos yucún, y el espesor del manto -de los sucesivos mantos- debe ser de tal naturaleza que en las épocas de las grandes lluvias y aun de los diluvios, como los del año veinticinco, los aguacerales y turbonadas, te decía, no han logrado penetrarlo, y así el baldío pestilencial resultó victorioso esterilizando los limos y todo elemento de germinación, en cambio los espacios fronterizos, las arenas, dunas y médanos se cubren de verdor, de inmensos pastizales que alimentan el ganado por siete años, y crecen arbustos de algarrobos, oberales, vichayos, zapotes, faiques, tornando más opresivo el contraste con el dilatado erial, siempre del color de huesos pulverizados, y el polvo funesto ondula hasta hacer impenetrable la vista más allá de cinco, diez o veinte metros, según la hora del día y la velocidad y la dirección de los vientos. (Gutiérrez 1988: 13).

A medida que se avanza hacia el piedemonte, pasando por los despoblados de Ternique, Tongo o Chanchape, o por el de La Ala, el número de las especies aumenta y la formación "saheliana" del bosque seco ecuatorial, adquiere su más completa composición. El término "algarrobal" alude a arboledas o a bosques degradados propios del despoblado donde conviven, a la sombra de los algarrobos, los faiques parecidos a estos últimos, pero más delicados y espinudos, el angolo imponente así como los oberales, huarangos, espinosos palos verdes de troncos verde crudo que aseguran la asimilación clorífica, también los uña de gato con sus ramas como zarpas hirientes y los palos blancos, y olmos, árboles de madera blanca que crecen rodeados por los llamados veranos o bougainvilleas, o papellillos, cuyos macizos de flores rojo violáceas rompen la severidad del paisaje. Y llaman la atención los charanes que, para el temor del que se desplaza por estos montes, esconden las víboras de pieles manchadas entre sus manchados troncos. Esto sin olvidar otros arbustos que se intercalan entre los árboles más altos, los cuncún de grandes bayas claras muy apreciadas por las cabras, los vichayos que les dan sus hojas, la borracheras que las emborrachan, las asombrosas yucas de

caballo y yucas de monte cuyas gruesas raíces conservan su agua en los suelos limosos durante tres, cuatro y a veces cinco años de sequía en que los burros cimarrones saben desenterrarlas, bajo el manto herbáceo jaspeado de cardos, para asegurar su supervivencia.

El sub-estrato de limos fluviales o eólicos propios a toda esta zona formado de elementos finos y homogéneos, favorece el largo vegetar de los rizomas y el crecimiento rápido de un tapiz herbáceo en los años lluviosos, los años "buenos". Esta explosión de la sabana es uno de los espectáculos más sorprendentes que pueda ofrecer la vegetación del extremo norte costeño. Luego de tres a siete años de sequía casi absoluta, fuertes lluvias estivales, que totalizan 90 a 100 mm. más o menos, hacen surgir del suelo desnudo una hierba prodigiosamente densa y alta ya que las gramíneas alcanzan en pocas semanas de 1 a 1,60 m. La estepa arbórea grisásea y pelada se transforma brutalmente en una sabana arbolada verdeante donde los árboles se cubren de hojas verde-pálido mientras que el suelo desnudo desaparece por algunas semanas bajo una alfombra herbácea continua y muy vivaz.

En un primer momento aparecen en proporción más o menos igual las gramíneas y las leguminosas cuya mezcla hace del despoblado, entre Olmos y Pabur, un inmenso pastizal temporal de excelente calidad. Si las lluvias se mantienen más de cinco semanas, surge entonces una cucurbitácea rastrera y trepadora, el jaborillo, que cubre los árboles de un enredado manto vegetal, que los hace parecer fantasmas recubiertos de sudarios, el cual en general al cabo de tres o cuatro semanas se seca y cae hecho polvo tan rápido como había surgido, descubriendo los árboles y el tapiz herbáceo.

Como lo describe Collin Delavaud y como lo hemos personalmente constatado, si los frijoles silvestres guardan sus hojas verdes durante 4 meses más o menos, la hierba perecerá rápidamente y proporcionará a la sabana un color rojizo brillante en el primer mes, luego un tinte ocre, después dorado y finalmente grisáceo oscuro. Se mantendrán en pie durante dos años en el curso de los cuales siguen siendo comestibles para el ganado mayor o menor.

Gutiérrez sabe como nosotros que:

"Tal vez el próximo año será un año seco y entonces paulatinamente la tierra iría adquiriendo una tonalidad gris oscuro, los árboles se despejarían de sus hojas y toda la extensión del despoblado se convertiría en un paraje agrio, espinudo, polvoriento y quemado; y sin embargo, la tierra (obstinada milagrosamente) conservaría en su seno las esporas que a la llegada de los años diluviales darían nacimiento a compactos pastizales de hasta 1.60 m. de altura, que llegarían a cubrir aún las áreas más inclementes del desierto de Sechura." (Gutiérrez 1991, t.III: 396).

Bajo esta cobertura vegetal, la fauna es diversa, se ven zorros de Sechura, venados grises, osos hormigueros y todavía se cazan pumas, y son tantos los pajaros,

chilalos, soñas, negros finos, luisas, buitres, gavilanes. Además corren lagartijas, cerca del agua se solean pacazos de más de un metro cincuenta de largo, se ven culebras temibles como el macanche y no hay que olvidar el mundo de los insectos, arañas, cienpies, hormigas, alacranes ...

3. ENTRE LA SELVA ALTA Y EL PÁRAMO: LA SIERRA

a. El bosque seco ecuatorial: Formación del Ceibal

En la sierra hay que seguir y seguir caminando hacia el levante subiendo por los bosques secos de ceibos, las laderas de montes grandes que dominan los valles del Calvas, Quiroz y Huancabamba, pasar por las serranías de Ayabaca, los Altos de Frías, Santo Domingo y Chalaco que se extienden, como un altiplano puneño, expuestos a los encuentros de vendavales que no dejan crecer un árbol. Hay que pasar la cordillera de Guamaní, desde la cual se divisan los Andes húmedos de todos los tonos de verdes desconocidos hacia el sur y el norte y, los días claros, el océano al poniente, y los cerros puntiagudos hacia el levante. Hay que subir y continuar subiendo entre forestas y celajes hasta los casi 4000 metros de los Andes de río en quebradas y de cerro en altiplanicies hasta arribar a las lagunas Huarinas. Hay que luchar contra todos los vientos de la tierra, que desatan tempestades de rayos, truenos y granizos en los horizontes estremecidos, para defender el espacio sagrado de las fuentes de aguas dulces que se reparten entre las dos cuencas Atlántica y Pacífica y corren hacia los dos océanos americanos.

Los Andes piuranos no alcanzan los 4000 metros de altitud. Las lluvias amazónicas pasan de la vertiente Atlántica a la vertiente Pacífica de la cordillera. La estación de lluvias dura de noviembre a abril, con máximas de enero a marzo, pero puede llover desde octubre y seguir lloviendo hasta mayo.

En cuanto a las temperaturas, éstas varían según la altitud y se pasa de un clima frío, encima de los 2000 metros de altitud, a un clima templado, encima de los 1000 metros y más abajo a un clima cálido. Para imaginar el ambiente y la producción antes de la conquista española, es necesario tener en cuenta que durante el Incanato el clima andino era algo más frío. Cabello Balboa y Cieza de León describen cómo los capitanes de Huáscar encuentran nieve en la cordillera de Huancabamba, sobre la cual hoy puede caer nieve, pero una nieve que no permanece (Lerche 1986, Cabello Balboa ed 1951, cap.29, p.448-440, Cieza de León ed.1985, ch. LXV, p.189-190).

Una sola cadena de cerros separa la cuenca del río Chinchipe de la cuenca del río Quiroz, no sólo la vegetación es similar sino también la fauna, y los hombres pueden pasar sin mayor dificultad de una parte a la otra de la cordillera de los Andes. Por lo tanto se observa la presencia de una eco-región de páramo en las cimas de los Andes y una misma eco-región de Selva Alta en las dos vertientes de la cordillera.

Entre las hojas de un cuaderno de campo de 1995 conservamos un finísimo algodón blanco con semillas de ceibo y, bajo la fecha 24 de septiembre día de la fiesta de la Virgen de la Merced, se lee:

"Y son los ceibos, hermosos y gigantescos árboles en cuyas copas nacen bellotas con un algodón de la suavidad de la pluma más tierna, los que establecen la transición entre la costa y la zona andina. Sus ramas torcidas y retorcidas nutren cactus y cargan parásitos que echan raíces al viento, olorosas pitayas de flores color de aguas verdes amarillentas, agresivas achupallas de inflorescencias en hermosas espigas, tímidos claveles del aire que florecen entre tonos rosados y morados, salvaginas de largas cabelleras plateadas que se mecen entre los rayos de sol y de luna, enredaderas que enlazan y amarran cuantos seres aéreos logran atraer. Y en estos enredos de amores vegetales ¿quién sabe quién puede vivir o morir sin el otro, quién salva a quién de la muerte en los años malos de sequías, quién ama más al otro en los años buenos de humedad?"

Vimos estos corpulentos ceibos como árboles hombres grandes y gordos, árboles atractivos y seductores a pesar de sus enormes barrigas, porque dejan desbordar en todo sentido sus fuerzas de vida y no esconden que tienen del viento el espíritu atormentado. Son árboles fascinantes e irresistibles, a pesar del tamaño y del peso, simplemente por saber extender sus ramas como macizos y extensos brazos acogedores de suave piel verdosa e inclinar sus abultados troncos tiernos y lisos desde sus más profundas soledades para abrazar, en las noches de luna, las sombras cansadas de los que erran sin rumbo. Y las sombras descansan hasta la muerte entre las fibras esponjosas de los ceibos. Y los ceibos crecen hasta lo más alto entre los aromas de otros mundos de las sombras.

También vimos ceibos de cuerpos anchos y espinudos, de ramas colonizadas por abundantes epífitas, que extienden hacia los límites del universo puños que quisieran librar este mundo de todas sus injusticias. Conocemos desde siempre el secreto que pone fin a los sufrimientos de los palos borrachos, borrachos de tristeza, para apaciguarlos marcamos con las espinas negras en las cortezas verdes los nombres de quienes amamos.

Todos los ceibos, los sésodos y los erizados, tienen el mismo encanto de árboles poetas olvidados en bosques de amores perdidos, de ánimas extraviadas en sueños imposibles, son árboles de cuentos de hadas que atraen y estremecen y nunca se olvidan. Y recordamos los ceibales increíbles, de Chillique a La Ramada subiendo por el valle de Yapatera, de Casa de Tejas a Simiris por el valle de San Jorge, del Puente a Paltashaco por el valle de las Gallegas o del valle del río Quiroz a Montero o Curlicas y de Huaquillas a Huasimo y Estete en las dos vertientes de los cerros Amotape. Y vemos estos árboles cambiar de apariencia con el transcurso de las estaciones que interfieren sobre sus estados de ánimo, marcando los

tiempos del año. En el solsticio de diciembre los ceibos amanecen desangrados, desnudos, rendidos, sin razón de ser, al borde de la muerte. Con los aguaceros de enero reviven y despliegan hojas que pierden con los vientos húmedos de marzo para cubrirse de flores. En el solsticio de junio los ceibos despiertan cargados de frutos y con los vientos secos de setiembre desperdigan las briznas de sus algodones. Y sin razón de ser los grandes ceibos vuelven a desear la muerte en diciembre... Y comprendemos que estos árboles seductores y fascinantes son fugaces como el calendario y eternos como el dolor...

Pero nos siguen encantando los ceibos y el encanto no es de ahora, no es de ceibal serrano y piurano... Con los ojos llagados, de tanto mirar más allá de la memoria, llegamos a ver: el encanto es de ceibo ciudadano y platense, y es de hace tiempo. Y vemos el ceibo porteño de cuerpo inmenso, de raíces poderosas que rompen el cemento y las baldosas y arrancan la vereda, el ceibo de brazos tendidos al viento que intenta obstinadamente aferrarse en las nubes... Y recordamos el ceibo terco que se empeña, durante el día, en desarraigarse para andar como arriero por la pampa infinita, pasar los Andes, embarcarse en un puerto del Pacífico, navegar como marinero hacia otros continentes, recorrer el mundo entero. Si, recordamos también el ceibo melancólico que se resigna, durante la noche, a permanecer en su sitio, a cumplir su destino, a servir de refugio a cuantos claveles del aire extraviados los aires de Buenos Aires recogen y depositan entre sus ramas...

Y comprendemos porque el ceibo gigante se inclina para abrazar en la obscuridad los que, como nosotros, no terminan de escapar a todas las formas de encierro. Y entendemos, los que no tenemos lugar y nos agotamos buscando entre los territorios que recorreremos como echar raíces al viento, porque nos atrae el ceibo. Y en estos embrujos entre quienes comunicamos imaginando y soñando, vivimos y morimos de visiones, ¿quién encanta a quién?

Dejemos las imágenes que estallan entre los espejos quebrados de las memorias de ceibos insomnes y de sombras intranquilas y retornemos a la realidad con el muy serio y sabio Antonio Raimondi que no se dejó encantar, pero sí impresionar por estos árboles:

"... verdaderos monstruos del bosque, y cuando se hallan desprovistos de hojas, al ver aquellos troncos barrigudos con ramas hinchadas, encorvadas, dirigidas en distintos sentidos, con pliegues debajo del punto de inserción con el tronco, como si tuvieran que mover aquellos enormes brazos; y por último al ver todo aquel conjunto revestido de una materia verde, como si fuera una piel, se aleja la idea de que aquellos extraños seres pertenezcan al reino vegetal; y excitada la imaginación del viajero a la vista de esas raras formas, le parece ver unos monstruos animales que tienen cierta analogía con los enormes reptiles, que poblaban la superficie de nuestro globo en las

épocas geológicas anteriores a la de nuestra fauna actual". (Raimondi 1874, t.I: 369).

La eco-región del bosque seco ecuatorial se localiza entre los 500 metros y los 1000 metros de altitud en la vertiente sur de la cuenca del río Piura, que recibe la humedad del océano, pero alcanza casi los 1500 metros en las laderas de la cuenca del río Santa Rosa y Quiroz, en un valle encajonado donde el calor es más fuerte y no llega la humedad de la Cordillera o la del Pacífico. También aparece más al norte en las vertientes de los cerros Amotape.

El clima es cálido y seco, más templado en las alturas. Las precipitaciones son poco abundantes y las lluvias veraniegas irregulares.

El relieve es accidentado en las márgenes del río Santa Rosa y Quiroz, dominado por los Altos del río San Pedro, las quebradas son profundos tajos entre pendientes fuertes, con vertientes trabajadas, en forma activa, por arroyos y cursos de agua. En las márgenes del río Piura y entre el valle de este río y el valle del río Quiroz, las pendientes son más suaves. En el valle del río Santa Rosa y Quiroz, la erosión acentuada por la disminución de la cobertura vegetal y la consiguiente exposición de las laderas a las lluvias, que si caen son fuertes aguaceros, facilita el lavado del suelo y los derrumbes de terrenos que se multiplican cada año con la necesidad de talar y rozar para sembrar. El río se encajona y profundiza su cauce pasando Curilcas y El Puerto, hasta el puente de Tondopa y Páimas, dejando para una agricultura de irrigación escasas y estrechas playas. Lo que se puede observar hoy no es muy diferente de lo que vió en 1868 Antonio Raimondi viniendo de Ayabaca a Lagunas pasando por el puente de Tondopa o Arrepite:

"Después de cinco leguas de bajada, intercalada con trechos de camino un poco llano, llegué al puente de Reipiti, sobre el río Quiroz...

Este puente tiene dos sólidos estribos de calicanto, atrevidamente construidos sobre la roca diorítica, que forma un barranco vertical en las dos orillas del río Quiroz, cuyas aguas pasan precipitadamente y como com primidas en esta profunda cañada escavada en la viva peña.

La abertura entre los estribos es de un poco más de diez metros (13 varas) y la elevación del puente sobre el nivel más bajo del agua, es de 10 á 13 metros. En tiempo de creciente este río llega a subir de nivel hasta diez metros, habiendo llegado el agua en ciertos años a cubrir la base de los estribos.

El siguiente día salí del puente para subir a la hacienda de Lagunas, que dista tres leguas y media. Esta hacienda es de ganado vacuno, lanar y yeguarí zo, pero tiene poca agua y de consiguiente pocos terrenos cultivados.

De la hacienda de Lagunas continué la marcha con dirección al pueblo de Frias, subiendo continuamente dos leguas para llegar a la cumbre de la cadena que limita la hoya del río Quiroz. El punto más elevado del camino se llama el Portachuelo, y desde este lugar se extiende libremente la vista, pudiéndose distinguir la población de Ayabaca y varias haciendas, situadas en la falda de los cerros de la otra banda del río Quiroz" (Raimondi 1874, t.I: 372).

Así como pasando de Pacaipampa a Cumbicus:

"Dos leguas de camino quebrado, separan Pacaipampa de Cumbicus, en las que se marcha por trechos en las faldas de los cerros o por angostas cu chillas que separan quebradas, o subiendo por caminos sinuosos, para bajar en seguida culebreando y pasando en el tránsito numerosos arroyos." (Raimondi 1874, t.I: 374).

El suelo es cuarzoso y claro, una arena que proviene de la descomposición del granito, de color casi blanca que refleja la luz y ciega al caminante. Por partes se notan alteraciones policromas de rocas volcánicas más bien básicas que dan arcillas rojas. En el fondo de las quebradas y de los valles se acumulan tierras aluviónicas y las terrazas fluviales son propicias a la agricultura, cuando es posible irrigarlas.

Cuando llueve el agua baja con fuerza de las alturas, de color cobriza, cargada de tierra, arrancando las rocas inestables, acumulando material rodado que se convierte en arena. Durante la estación seca escasea el agua, se secan los riachuelos y las quebradas, en las tomas de los canales de irrigación apenas si quedan algunos charcos.

La vegetación dominante es de bosque seco, una formación arbórea densa, decidua, la misma que reverdece unos meses por años a partir del mes de marzo. Se compone de más de 40 especies arbóreas, según los estudios de Pierre Gondard, de Laure Emperaire y de Bernadette Arnaud en la región de Calvas (1983, 1987). En los bosques secos se ven además de los ceibos, otras bombácaceas como los pasallos y bixaceas como los polo polos. Hay acacias, como los faiques de largas espinas. El hualtaco, de madera muy dura, desciende hasta 300 metros y se aferra a un suelo rocoso, y con sus raíces extraen el agua acumulada durante la estación de las lluvias en las diaclasas o bolsones más blandos. A veces aparece un chivatero de tronco espinudo y de mal olor, el árbol del maligno, del diablo. Pero, hay árboles más agradables, el piñán, el floripondio de blancas campanas y más abajo el papelillo, rosado, rojo, anaranjado, la borrachera morada, el mashuque, el chinchín que da frutos duros como calabazas. También hay especies muy útiles, tunas, saucos para hacer cercos, cabuyas para elaborar sogas, carrizos que sirven en la construcción de las canastas y en el suelo gramíneas para la alimentación del ganado. En las partes bajas y cálidas hay palos santos olorosos, hualtacos, guayacanes, barbacos, almendros, charanes, porotillo, overos, angolos, todos cargados como los ceibos de parásitas, cactus, achupallas, tillansias y salvaginas.

Finalmente, cerca de las zonas que fueron habitadas, o lo son todavía, crecen los lúcumos, los chirimoyos, el mashuque, los checos y los frijolillos de brillantes semillas rojas.

La fauna es variada, pumas, tigrillos, venados, zorros, ardillas, osos hormigueros. Los pájaros más comunes son los chilalos, se ven gallinazos y halcones. En las quebradas, el suelo está cubierto de caracoles que parecen muertos durante la estación seca, pero reviven con las lluvias. Al fin de la estación seca se ven cantidades de migalas intrépidas, grandes como cangrejos, que cruzan los caminos sin temor de los paseantes que las matan con cierto placer.

b. La Selva Alta

La eco-región de Selva Alta es semejante a lo que se llama ceja de selva o montaña, los serranos llaman los relictos de estos bosques "montes grandes" o "montañas". Se localiza por debajo del páramo en la cordillera de los Andes y por debajo de la puna de los Altos, en los acantilados que dominan la cuenca del río Piura, entre los 1500 y los 3500 metros de altitud. Hoy se pueden observar, los relictos de formaciones arbóreas de Selva Alta en las vertientes de la cordillera de los Andes y en el piedemonte de los Altos, entre Fías y Chalaco, así como en las laderas del cerro Mijal que domina los valles de los ríos Chalaco y Yamango.

La Selva Alta se mantiene en las laderas empinadas, difíciles de cultivar, que están cubiertas gran parte del año por las nubes que vienen de la Amazonía y pasan la cordillera de los Andes y por las nubes que se forman encima del océano Pacífico y son detenidas por la cordillera del Guamaní.

El clima es templado, disminuyendo la temperatura a medida que se sube. Las estaciones son mucho más marcadas en la vertiente sur de la cordillera del Guamaní y en los Altos que en la vertiente Pacífica de la Cordillera de los Andes. Las precipitaciones son abundantes en los meses de noviembre a abril y casi diariamente, de enero a marzo, la lluvia empapa en unos minutos al transeúnte que no logró refugiarse bajo un techo, atravesando el poncho de lana y chorreando sobre el poncho de jebe.

El relieve es abrupto, con fuertes pendientes donde los caminos suben o bajan sin interrupción. En las partes altas y medianas las lluvias lavan el terreno, provocando huaicos. Una fuerte erosión arrasa con las tierras. Este hecho se acentúa desde hace algunos años, debido al crecimiento de la población que necesita talar y quemar lo que queda de vegetación para ampliar la frontera agrícola, exponiendo más áreas a la intemperie.

El suelo es arcilloso, de color rojo en las alturas, negro en el fondo de los valles. Las fuertes pendientes y la naturaleza arcillosa de los suelos son factores que dificultan el tránsito en esta región. Hoy, como en los siglos pasados, tal como lo cuenta Raimondi:

"...Siendo el terreno de naturaleza arcillosa, con el trajín de las bestias, se van escavando poco a poco unos hoyos transversales, los que van profundizándose siempre más, mientras dura la estación de lluvias. Estos hoyos, a manera de camellones, se hallan rellenos de barro líquido, en el que las bestias se hunden hasta la barriga, y estas son algo pequeñas y los hoyos muy profundos, los pobres animales quedan como acabalgados sobre los lomos de terrenos que separan estos pozos de barro, y sus cascos no alcanzan el fondo, no hallan apoyo para salir de esta especie de trampa; mueven sus patas, intentan en vano dar un brinco, se fatigan, hacen esfuerzos inauditos, levantando con sus movimientos mucho barro y caen de bruces en el lodo. En varias ocasiones mis arrieros han tenido que descargar las bestias, enteramente echadas en el barro, y hacer grandes esfuerzos para sacarlas y ayudarlas a levantarse.

Al empezar y al terminar la estación de lluvias, el barro en vez de ser líquido, es muy espeso y ligo; entonces aunque los hoyos no son muy profundos, los animales se fatigan en extremo, porque tienen mucha dificultad para sacar sus patas.

Son tantos los tropezones, las caídas de las bestias y el barro que salpican, que después de una marcha de pocas leguas, bestias, arrieros y jinetes se hallan embarrados de pie a cabeza, y tan desfigurados que se hacen irreconocibles.

Si el terreno en vez de ser llano es inclinado, entonces el camino se va escavando poco a poco y se forma un callejón muy estrecho, que las aguas de lluvia van profundizando continuamente; y cuando cae algún fuerte aguacero se forma un verdadero arroyo que viene bajando con fuerza por estos estrechos callejones; sucediendo a veces que el agua corroe el piso, y da origen a elevados escalones, por lo que las bestias, ya débiles por la fatiga y mala alimentación, no tienen la fuerza de subir.

Estos callejones son tan angostos, que apenas puede pasar una bestia con carga poco voluminosa; y sucede frecuentemente que por el piso del terreno arcilloso, poco resistente, se forman pequeños hoyos alternados, que tienen las dimensiones del casco de la bestia, y los animales que trajinan por este camino, tienen necesariamente que medir su paso y poner sus cascos en estos hoyos, so riesgo de tropezar y caer" (Raimondi 1874, t.I: 380-381).

Podemos añadir que si después de tres caídas de la bestia y otras tantas resbaladas de cinco a diez metros se le ocurre al jinete seguir caminando, no tarda este en arrepentirse. A los pocos pasos, a pesar del tradicional bastón, el "asta", saltando de una piedra a la otra, de un lado del camino al otro se resbala y cae de igual manera que las bestias. Cuando el barro es espeso, ningún zapato resiste a la succión de la tierra y cuando se logra levantar un pie no se sabe donde ponerlo para sacar el otro. Si se abandonan los zapatos y el caminante se obstina en andar

descalzo, el problema sigue siendo el mismo ya que se forma una bota de barro de algunos kilos de tierra pegajosa de la cual es difícil deshacerse. No queda otro remedio que volver a montar, si la bestia lo permite.

Los valles de los afluentes del río San Pablo y los valles de los afluentes de la margen derecha del río Piura, con aguas abundantes, orientados al suroeste, ofrecen deslumbrantes puestas de sol y suntuosos atardeceres, siempre demasiado cortos en estas proximidades al Ecuador. Al río San Pablo lo forman los ríos que bajan de las lagunas del Rey, Huaranga y Negra. En la margen derecha recibe los ríos de Aranza y Tomayacu, en la margen izquierda el río Palo Blanco. En tiempo seco las aguas tranquilas y claras pasan por el medio de un ancho lecho de grandes rocas. En tiempo de lluvias los ríos se hinchan de torrentosas aguas oscuras que rebalsan con tremendas furias, rodando cantos, arrancando la tierra y los árboles de las riberas. En todo el año no falta agua, se la oye cantar o tronar, se la ve transparente o cobriza, se la siente animar las serranías. Los afluentes de la margen derecha del río Piura que bajan por las quebradas de los ríos Seco, Yapatera, San Jorge, Las Gallegas, Chalaco, Yamango y Bigote, también tienen agua durante todo el año, aunque mucho menos durante la estación seca.

La vegetación natural de la Selva Alta presenta tres diferentes tipos de formaciones. Entre los 1000 y los 2000 metros de altitud se observa una formación arbórea semi decidua llamada monte. Entre los 2000 y los 2500 metros de altitud se presenta una formación arbórea siempreverde, es el monte grande. Entre los 2500 y los 3500 metros de altitud se encuentra una formación arbórea a arbustiva que se llama el matorral.

Hoy se puede observar el monte cerca de los ríos, cubiertos de una margen a otra, por un frondoso bosque galería. Los árboles altos y de amplias ramadas no dejan pasar los rayos del sol, protegiendo una espesa maleza de arbustos y helechos y crían do en sus cortezas una multitud de plantas parásitas, bromeliáceas y orquídeas, como las estupendas orquídeas moradas y las tímidas orquídeas de finísimas flores celestes, entreveradas en un tejido de bejuco. En las laderas de los cerros se observan el puchugero, el lanche, el molle, el taro, el suro, el checo, la chilca, el shimir. Hay frutos de guanábano, de chicope, de palto. Entre las hierbas se distinguen el mostrante, la cola de caballo, el pepinillo, el suburrón.

Más arriba, entre los 2000 y los 2500 metros, se penetra en un bosque de neblina tupido, el monte grande, que se extiende de una quebrada a otra, entre otros en el valle poco poblado de San Juan de Cachiaco y en las faldas del cerro Mijal. Se ven el chachacomo, el palo blanco, el nogal, el pauco, el carapa cho, el inmenso higuierón, el imponente roble y hasta el ishpingo curandero. Subiendo aun más por los estrechos y escarpados senderos, tratando de protegerse de las ramas que golpean al jinete, lo ciegan y terminan cerrando el paso a las bestias, lo único que percibe el viajero es el verdor y el vigor de bosques impenetrables y severos donde dominan las mirtáceas, arrayanes, quinahuirós, romerillos, de hojas simples verdes oscuras por encima y verdes claras por debajo, de troncos rojizos y retorcidos. De repente, sorprende la fragilidad rosada de la flor de la granadilla, la llama roja y

amarilla de la flor del guar guar, la datura alucinógena y el sutil perfume del chicope, la papaya del Inca o papaya de olor.

Todavía más arriba, entre los 2500 y los 3500 metros de altitud, se entra en el matorral, los árboles se vuelven raquíuticos, refugiándose en las quebradas para protegerse de las agresiones del viento. Los pocos romerillos que se atreven a trepar al descubierto son azotados por las ráfagas que los retuercen y los doblan, los rompen y los secan, sobreviven algunos, enanos agachados y monstruosos que se esconden en la hierba dura al llegar al páramo de la cordillera de los Andes y se rinden en los Altos frente al viento de la puna. Y es el reino del viento, de los vientos que:

"... percuten y silban según procedan de los valles, de las montañas o del mar o sean vientos matinales, del mediodía, del atardecer, de la noche o de la honda madrugada, resuenan, decíamos, en ondas de armonías, en estridentes contrapuntos y fugas y disonancias al batir las planicies, las colinas y oteros, las tierras del despeñadero, los aluviones de cantos rodados, las cresterías de cuestras y cerros, los eslabones de la cordillera andina y las jalcas esterarias que configuran el escenario detenido y amortajado, confiriéndole los primeros hálitos de vida." Gutiérrez 1991, t.III: 358).

La fauna de origen amazónico es muy variada y debía serlo aún más cuando los montes eran más extensos. Los campesinos cuentan que hay pumas y vimos una piel sedosa y gris que ofrecían para vender, también vimos un oso, unos gatos monteses que habían sido capturados en la montaña, además sachavacas y jabalíes. A la vuelta del camino, bajando a la hora de la puesta del sol, un venado puede dar un salto y cruzar el camino y el sol poniente se llama en la sierra piurana, el sol del venado. Entre los animales más pequeños se ven el añás y el cachul o zarigüeya, también llamada muca o Huanchaco y hay osos hormigeros. En las aguas de los riachuelos hay cangrejos y camarones. Se ven volar halcones y huaracas, de vez en cuando un cóndor, se oyen los cantos de los negros y da gusto ver los picaflores, de colores metálicos, oscuros en las alturas y estalantes bajando hacia el valle. No faltan las culebras y serpientes, se sabe que hay tranquilas dormilonas y colombos grises, así como peligrosos macanches y mortales corales. Se puede imaginar detrás de las telarañas el mundo de los insectos, de donde salen mariposas multicolores. Al oscurecer vuelan desordenados, apurados y silenciosos, los murciélagos y se despiertan los buhos, girando sus cabezas, observando, antes de comenzar la noche.

c. El páramo

El páramo de la sierra piurana es algo diferente del páramo que se conoce en el Ecuador y más al norte en Colombia, con vegetación más baja, que se transforma en una puna similar a la del sur del Perú y de Bolivia. En la sierra de Piura la palabra páramo designa la neblina o lluvia fina que cae en la parte alta de la cordillera de los Andes.

Esta eco-región se localiza en las alturas de la cordillera de los Andes y la cordillera del Guamaní, encima de los 3500 metros de altitud. En las cumbres se encuentran las lagunas de donde bajan los ríos que forman las cuencas de los ríos Quiroz y Huancabamba. Se llega a la laguna Negra con caballos o mulas, pero las bestias no alcanzan a subir hasta la Laguna del Rey. Ningún camino es visible: el camino a las lagunas lo hace el andar del guía.

El clima es frío y húmedo, el campesino sabe que en el páramo, a pesar de su buen poncho de lana criolla, se helará en la neblina, se empapará en el aguacero, se agotará luchando contra la violencia de las ráfagas de viento. Además, sabe que por más que conozca el paso se arriesga a perderse, si las lagunas, que llama "huaringas" y considera como entidades poderosas y sagradas, se ponen "bravas", no lo dejan "entrar".

El relieve es escarpado, el viajero camina por planicies onduladas, dominadas por acantilados abruptos, pierde el soplo en las subidas, cae en las bajadas, resbala en las piedras, cortándose las manos al agarrarse del pasto afilado, desorientándose en la nube y reubicándose con el sol, al reconocer la peña.

Desde las alturas de las lagunas se goza de las vistas de las cordilleras. Se divisan doce horizontes de sierras hacia el norte, ubicando Ayabaca y más atrás las serranías de Loja. Hacia el sur se distinguen siete horizontes de páramos por Talaneo, Huancacarpa y más allá la sierra de Huancabamba. Hacia el oeste se ven los cerros de los Altos, entre Chalaco y Frías. Y es cierto, quien contempla desde las cimas éstas tierras siente la alegría, el placer, el orgullo, el amor quizás, que se siente frente a lo que se descubre casi perfecto.

El suelo es húmedo y pantanoso, con partes pedregosas y afloramientos rocosos. La tierra es de turbera, las rocas son volcánicas. Los pies mojados y helados se hunden a cada paso más profundamente en la ciénega, se tuercen entre las piedras inestables. Se sigue andando porque no hay donde descansar y cuando se encuentra una laja es el tiempo el que falta. Nadie quiere ser sorprendido por el frío de la noche en estas soledades, los que se quedarían se arriesgarían a no volver, hay que seguir de frente, avanzar.

El agua se escurre por todas partes, brota de la tierra esponjosa, empapa con la neblina, chorrea del acantilado, desborda de la laguna, en invierno cae con el agua cero, va buscando su camino y lo hace al correr. Forma riachuelos que se tiran a quebradas y bajan hacia el valle del río San Pablo.

La vegetación es una formación herbácea perenne con ichu, el pasto de las cimas y los altiplanos, y otras gramíneas. Se atraviesa una estepa de altitud. La hierba dura y cortante no se deja aplastar por el pie, apenas si se curva bajo el viento aullador. En el pajonal dorado se esconden verdes mirtáceas enanas, unos arbustos rastreros que ofrecen frutitas azules y amargas que cortan la sed. En las rocas trepan líquenes huyendo de la humedad del suelo. La tierra se convierte en una espesa y lujosa alfombra vegetal, se pierde el sentido del equilibrio caminando

sobre un colchón de musgos y variedades de diminutas y multiformes plantitas olorosas, que crecen a pesar del frío.

La fauna parece reducirse a algunos silenciosos pájaros y una multitud de ranas que tienen de uno a tres centímetros, de color verde turquesa o bicolores, negras y amarillas, negras y rojas, que saltan a cada paso. Los que conocen saben que hay condóres y halcones, venados y zorros, roedores de pieles blancas y roedores de pieles negras que parecen vizcachas. En la laguna misma hay patos y se dice que los pumas se pasean de una vertiente a la otra de la cordillera. Antes de la Conquista existían en estas partes altas, vicuñas, que se gún Cieza de León desaparecieron por los años 1550.

Claudine Friedberg subió en 1962 a la laguna Negra, viniendo de Huancabamba, y en el informe sobre su trabajo de etnobotanista, describió la flora del páramo:

"Al comienzo atravesamos todavía algunas formaciones arbustivas, entre las cuales numerosas Ericaceas y Melastomaceas (más que todo Gaultiera y Brachytum), Labiaceas: Satureja revoluta (R.yP.) Briq y S.Guamani Mansf, etc y al llegar a la meseta es la jalca monótona donde pastan las ovejas. Al ras del suelo se desarrollan las grandes flores blancas de las Werneria nubigena H.B.K., encima de las matas de Hypericum y meciéndose en el viento unas Gentinella, unas Halenia y numerosos Syzyryngium. En los huecos protegidos de la meseta existen todavía por allí y por allá formaciones arbustivas...

Una mañana divisamos, por primera vez el cerro Negro despejado lo que nos decide a tentar de nuevo su ascensión. Pero esta vez el buen tiempo dura y después de una hora de subida desde el lago logramos contornar el cerro. Del otro lado vemos en fin las famosas Arreviatadas, lagos que según lo que se dice tienen aguas más eficaces que la laguna Negra. Detrás de estos lagos, ubicados más abajo, se perfilan las cimas de la Cordillera de Mojico y sin duda una parte de la sierra que se extiende hasta el nudo de Sabanilla en Ecuador. Hacia el este vemos las faldas azules de la montaña cubierta de una vegetación abundante. Seguimos nuestra ruta detrás del cerro Negro y llegamos, por la derecha de la cumbre; las aguas de las lluvias forman una serie de pequeñas lagunitas en la roca dura: son las Palanganitas en las cuales un baño es al parecer de mucho provecho...A la izquierda, abajo de un acantilado de 200 metros las Arreviatadas brillan al sol: divisamos y oímos un grupo de campesinos bañándose ritualmente.

A lo largo del camino sigo recogiendo plantas. Estas alturas casi siempre perdidas en la neblina son verdes como en la primavera y cubiertas de flores. Sin duda estamos en el legendario jardín que se extiende, dicen, en las faldas del cerro Negro. Sembrado por el Inca cuando cruzó el país para ir a Cajamarca, este jardín florece todo el año; sus plantas son milagrosas y sirven para hacer "ajustes". (Friedberg 1962: 250).

Raimondi pasó, en octubre o noviembre de 1868, por los páramos de la cuenca del río San Pablo:

"...hallándome en Cumbicus, sólo a tres leguas del río principal, que más abajo se llama Quiroz, quise aprovechar la ocasión para ver su origen, me dirigí para esto a la laguna de Huaríngá, situada en la Cordillera y de la cual sale el riachuelo, que forma el brazo principal de este río.

Pero para hacer este viaje, yo había contado tan sólo con mi deseo, pues no había pensado en las innumerables preocupaciones de los indígenas, ni en todos los obstáculos que estos me pondrían para ocultarme el lugar donde se hallaba esta misteriosa laguna.

Lo cierto es, que perdí dos días en aquellas frías y desoladas regiones, sufriendo toda clase de intemperies, lluvias, granizadas y violentos ventarones a manera de huracanes, sin poder conseguir que los indios, que habitan en miserables chozas, diseminadas en las quebraditas que bajan de la cordillera, se prestasen a conducirme a dicha laguna: a pesar de que en mis rodeos había pasado a menos de media legua de distancia. Ya cuando había abandonado la esperanza de conocer la laguna Huaríngá, hallándome en un punto muy elevado, distinguí por atrás y algo lejos la tan deseada laguna, pero el día estaba demasiado avanzado para tener tiempo de regresar, y así me contenté con saber su existencia y posición.

En estas correrías, vi el río de Tambillo, que sale de una lagunita cerca de la Huaríngá, y forma otro brazo, que se reúne en el principal; también pasé por las haciendas de Talaneo y Chulucanas." (Raimondi 1874, t.I: 375376).

Habiendo subido a varias lagunas huaríngas, la Negra, la del Rey, el baño del Inca, debemos reconocer que entendemos por qué los campesinos no quisieron acompañar a Raimondi a la Huaríngá y con más razón si el tiempo era malo: arriesgaban no volver.

El otro viajero famoso que pasó por los páramos de la cordillera de los Andes y de la cordillera del Guamaní es Alexander von Humbolt y para recordar las andanzas por la sierra de Piura del ilustre prusiano citaremos unas frases:

"Ya en otra ocasión hemos hablado de estos desiertos de serranías a los cuales en la parte más meridional de la cordillera de los andes se da el nombre de Puna, voz prestada del quechua. Los páramos más altos llegan por encima de los 3086 metros, son éstas regiones tempestuosas, tapadas muchas veces días enteros por espesas nubes o azotadas por tremendas ráfagas de granizo, cuyos hielos diversamente conformados, aplastados generalmente por la rotación y entreverados con finas láminas, llamados por los habitantes "papa cara", hieren el rostro y las manos. He visto muchas veces durante este fenómeno meteorológico, descender el termómetro a 5 ó

7 grados bajo 0, y la tensión eléctrica de la atmósfera, medida con el electrómetro de Volta, pasar en algunos minutos de positiva a negativa. Por debajo de los 5 grados, la nieve cae en grandes copos muy escarcidos y cesa al cabo de algunas horas. La falta de árboles, el aspecto escamoso de los arbustos mirtáceas de pequeñas hojas, la abundancia y el desarrollo de las flores, la eterna frescura que mantiene en todos los órganos la humedad de la atmósfera dan una fisionomía singular a la vegetación de los páramos. No hay zona alguna de vegetación alpina, en las regiones templadas o glaciales, que pueda compararse con la que ofrecen los páramos en la parte tropical de la cordillera de los Andes...

Después de haber atravesado en las escarpadas laderas de los cerros las numerosas ondulaciones del terreno, llegamos al fin al punto culminante del Alto...Entonces la bóveda del cielo, tanto tiempo velada a nuestra vista, se serenó de pronto, el viento que soplabá con fuerzas del suroeste disipó las neblinas, y apareció el azul profundo a través de la atmósfera transparente de las sierras entre la línea extrema de las nubes filudas. Toda la vertiente occidental de las cordilleras...se ofreció a nuestros ojos..." (Humbolt ed.1980: 235).

Es de notar que si se baja por la vertiente oriental de la cordillera, por los cerros de Cachiaco hacia el río Blanco y el Chinchipe o de Zapalache a Carmen de la frontera o también de Sondor a Tamborapa por el Tabaconas a Jaen al salir del páramo se entra en una selva alta y luego un bosque seco, las dos vertientes Atlántica y Pacífica son similares.

Falta describir, encima de los 3000 metros de altitud, en los Altos del valle del río San Pedro lo que no es tanto un páramo de los Andes norteños sino más bien una puna, una altiplanicie muy similar a la de los Andes centrales. En los Altos el río San Pedro nace de una pequeña laguna, al pie del cerro Negro, encima de Chalaco, y va culebreando entre cerros pelados. El viento reina en estas soledades, ninguna vegetación lo para, una de las pocas plantas que se ven es el Mexico, el magüey verde azul. A pérdida de vista entre los Altos de Frías, Santo Domingo y Chalaco ondulan los cerros de pendientes suaves doradas en tiempo seco, verdes en tiempo de lluvias entre los Altos de Frías, Santo Domingo y Chalaco. En el borde del altiplano, hacia las cuencas de los ríos Piura y Quiroz, los mansos cerros se rompen y hacen frente a los valles agresivos acantilados de unos 1000 metros, que defienden el acceso a los Altos del valle del río San Pedro.

Faltaba algo más, como anota Miguel Gutiérrez, sobre el elemento generador de vida:

"... es el agua dulce que empieza a discurrir por entre los cauces de los tres grandes ríos: el Tumbes (y el modesto Zarumilla), el Chira y el Piura, además del Huancabamba que vierte sus aguas al Marañón; y por los cauces de los tributarios, como el Calvas, el Chipillico, el Quiroz o el Alomar [Alamor], tributarios del Chira, los riachos de Chimnia [Chignia] y Chalpas, que bajan de Huarmaca y cuya confluencia origina el Piura, con afluentes como el Canchaque y el Bigote; y por los lechos de ríos que se extinguen en su paso por el despoblado de Olmos y el desierto de Sechura, como el Cascajal y el río loco y el río Chiquito; y las quebradas de régimen temporal como la de Copús, de las Angosturas, de Garay, de Petacas, de Pazul, de Picota o de aguas perennes que proliferan en las zonas interandinas de Morropón arriba o que discurren como una anomalía por zonas desérticas como la insólita Quebrada Honda del norte de Talara, al fondo de un impresionante cañón abierto entre las tierras muertas del tablazo, o las quebradas o torrentes fósiles, como las de la Víbora y el Alacrán que en tiempos de grandes perturbaciones climáticas que ocurren cada centenar de años renacen, fugaz y pavorosamente, precipitándose arrolladoras y destructivas desde las laderas del piedemonte andino.

Falta describir los tres grandes valles de la vertiente Pacífica del extremo norte del Perú que difieren en cuanto a factores limitantes de la producción, agua y tierra.

El río Tumbes nace en los páramos de las alturas de la cordillera de los Andes, tiene agua todo el año y al salir de dos grandes cañones forma en su parte baja un corto pero amplio valle propicio para la agricultura en las playas de las riberas, y se pueden extender las tierras cultivables con un sistema de acequias que permite el manejo del agua.

"El Tumbes y el Chira tienen esto en común: las cuencas de recepción, las fuentes matrices de ambos ríos se hallan en la región de precipitaciones ecuatoriales, regulares y abundantes, allende la frontera geográfica de la zona árida, de ahí la permanencia, la regularidad y la riqueza de caudal de estos dos ríos." (Gutiérrez 1991, t.III: 379).

El río Chira lo forman los ríos Catamayo, Calvas, y Quiroz, que nacen también a casi 4000 metros en las lagunas de las alturas de la cordillera de los Andes. Es caudaloso todo el año, pero ha cavado un lecho profundo y es la tierra el factor limitante de la producción en este valle. Se pueden cultivar las playas, cerca de la desembocadura, y con acequias irrigar todo el año tierras de la margen derecha del río, al este de Sullana.

"Como centenares de caballos indómitos y desbocados galopando por un valle encajonado, el cauce del Chira en la mayor parte de su recorrido por la tierra piurana es un cañón de paredes blancas, brillantes y erizadas de 50 a 100 metros de altura, abierto por en medio de un paraje atormentado y pedregoso y azotado por vientos del sur oeste que empujan nubes de polvo gris y acre. A partir de la cuenca de Lancones el paisaje se torna menos severo y pronto las colinas de arcillas grises y polvorientas quedan atrás y se asiste al estallido de un mundo de apariencia tropical, de un verde exuberante, tornasolado, húmedo y lascivo.

Desde que se precipita por el territorio de nuestra región el Chira sigue una trayectoria SO; luego, como consecuencia de una notable estrangulación entre las cuencas de Querecotillo y Marcavelica, se forma el codo de Sullana, lo que determina un cambio de dirección hacia occidente. Esta, que corresponde al curso medio, se mantiene hacia La Huaca, pero al penetrar a Amotape experimenta una flexura hacia el norte formando un lóbulo convexo; aquí pareciera que la corriente se detuviese bruscamente - enfrenados violentamente los caballos páranse por unos instantes en dos patas - para, en seguida, venciendo el estrechamiento de Congorá, divergir hacia el sur y de allí, libre y apaciguada se lanza a construir su imponente delta cerca de Colán, entre una cadena de dunas y la tierra muerta del tablazo de Paita." (Gutiérrez 1991, t.III: 373-374).

Y es notable:

"... el contraste entre el maravilloso panorama que ofrece a la vista - desde una avioneta se ve una cinta de un verde turquesa y esmeralda y con irisaciones doradas y púrpuras que atraviesa las mesetas de una blancura refulgente, tan propias de las costras de yeso y de los taludes de conchas marinas - y el carácter malsano de la naturaleza allí surgida, naturaleza escarpada, ecuatorial, pantanosa y sofocante y plagada de insectos y alimañas, apenas menos repulsiva que la región de los manglares de las desembocaduras del Tumbes y el Zarumilla. Pero, además, por ser el Chira un río encañonado, profundo, torrencioso y desorbitado mantiene en permanente asedio las tres terrazas de su ribera. De ellas, la más alta entre 30 y 12 m. sobre el río es inutilizable para el riego, debido a su topografía accidentada que fragmenta y comprime los terrenos confiriéndoles una fisionomía fragosa y baldía. La más baja se halla a merced de las crecidas devastadoras de cada año, de modo que solo la terraza intermedia, cuya altura oscila entre 6 y 12 m. sobre el nivel superior del río, se encuentra precariamente protegida de las avalanchas y posee suelos profundos y cargados de sustancias y limos suculentos. Sin embargo también esta terraza se ve afectada por el juego de los meandros y brazos extraviados que divagan libremente en la temporada del clima aluvial, juegos mortales que tantas veces sepultó sembríos, aldeas y cementerios..." (Gutiérrez, 1991, t.III: 374).

El río Piura nace a unos 2500 metros, en Huarmaca, baja la vertiente Pacífica de los Andes y bordea el desierto de Sechura, que se extiende hasta Olmos, recibe en su margen derecha los ríos que nacen en la sierra de Huancabamba y de los Altos de Frías a Chalaco, riega el Alto Piura hasta Malinguitas, se encauza en el Medio Piura hasta la Ciudad de Piura y solo llega a pasar al Bajo Piura durante los cuatro meses de fuertes lluvias en la sierra. El valle del Bajo Piura es amplio, no es la tierra sino el agua el factor limitante de la producción. Sin canales de irrigación se pueden cultivar las playas de las riberas y los alrededores de las lagunas que se forman cerca de la desembocadura, así como las tierras de humedad del lecho del río, cuando este se seca. Con un sistema de acequias se puede irrigar una parte de las márgenes durante los meses de enero a mayo.

En el despoblado de la margen izquierda del Alto Piura vimos que son las lluvias irregulares las que permiten la vida del bosque seco. Cada año cae algo de lluvia y cada cuatro o cinco años caen lluvias abundantes debidas al Niño. Hay que recorrer esta margen, desde Malinguitas, por Ñomala, Huapalas, La Matanza, Tongo, Chanchape, Carrasquillo, Buenos Aires, Ala, Malacasi, Serrán, hasta Hualcas, para apreciar como el agua ha sido y podría ser utilizada para asegurar la producción en las mejores tierras agrícolas del Perú, para establecer un catálogo de las diferentes técnicas prehispánicas y modernas que permiten un aprovechamiento máximo del recurso hídrico entre playas de ríos, canales de irrigación que pueden alcanzar unos 150 kilómetros de largo, por medio de reservorios de aguas o de andenes en las faldas de los cerros, de temporales en el despoblado, de pozos cavados en los lechos secos u hoy de bombas que elevan el agua del lecho de los ríos o de la napa freática. La margen derecha aprovecha el agua que baja de los Altos de Frías, Santo Domingo, Chalaco y de la sierra de Huamaní por los afluentes del río Piura, que nacen a unos 2000 metros y tienen algo de agua todo el año. Hay que bordear los cerros de la margen derecha desde Tambogrande hasta Canchaque, pasando por los valles de sus afluentes, San Francisco, Sancor, Yapatera, San Jorge, Las Gallegas, Corral del medio, Bigote, Chanro para apreciar la producción de las tierras de lo que Collin Delavaud describe como la "huerta de Chulucanas".

"...el Piura se origina en un espacio que de manera discontinua, voluble, inconsecuente y conjetural estatuye el límite septentrional entre la zona ecuatorial y la zona árida, lo cual imprime un carácter apasionado y contradictorio al Piura, cuyo nombre en tallán, el Lengash, significa "río loco, río huaquero". (Gutiérrez 1991, t. III: 379).

Río de nacimiento azaroso, el Piura desciende de manera vertiginosa de Huarmaca, a unos 20 Km. de sus fuentes ha bajado unos 2.500 m, en Salitral a unos 65 m., solo está a algo de 200 m. sobre el nivel del mar. Después de Salitral y del no muy distante Morropón empieza la verdadera odisea del Piura:

"Porque este río, debido a ese laberinto pluvial que se desata en sus matrices, puede quedar extenuado a mitad de camino, completar de manera normal su travesía o bien avanzar en forma tormentosa, saliéndose de su cauce y

arrasando y destruyendo todo lo que se opone a su furiosa y ciega acometida. por eso, como dice algún geógrafo de nuestros días, existen tres ríos Piura, el secreto, el normal y el furioso..." (Gutiérrez 1991, t.III: 380).

Nos gusta pensar en el primero y en el último de estos ríos:

"El secreto es el río Huaquero, aquel que inseguro de sus fuerzas se esconde, se sume, desaparece bajo superficie e inicia un ardoroso desplazamiento subterráneo de carácter ctónico alimentando las vertientes ocultas y las napas freáticas del curso inferior, de modo que el vasto despoblado de aspecto desértico tiene una intensa circulación de aguas internas que mantienen la potencialidad germinal de las tierras. El río furioso es, propiamente, el río Loco, el que en su avenida impetuosa abre cauces, el que da nacimiento a los llamados "ríos viejos", aquellos ríos errabundos y de vida efímera, pero que al extinguirse dejan sobre la tierra rastros indudables de su arrebatado paso, como ocurrió con los macizos, los extensos brazos que se formaron en 1871 y 1925; y este es, asimismo, el río que al acercarse al mar se alarga y a la vez se extiende y amplifica desmesuradamente y resultándole comprimida su bocana normal de Parachique abre dos brazos más, uno, el de Virrilá, en Bayóvar y otro que, rebasando su propia cuenca invade la quebrada de Namuc, prolongación de la quebrada de Cascajal, hasta desaguar, formando un reverberante lago, frente a la isla Lobos de Tierra. (Gutiérrez 1991, t.III:380-381)

Visto desde las alturas, el curso del Lengash describe desde los Andes hasta el área tectónicamente deprimida del Bajo Piura una amplia curva que abriéndose hacia el norte gira a partir de Tambo Grande en dirección sur, constriñéndose allí la abertura del arco y luego prosigue su marcha con escasas ondulaciones y al acercarse a Sechura experimenta una breve flexura en sentido occidental al encuentro del mar. Sólo la cuarta parte de su recorrido la hace por terrenos de la zona andina, de modo que el plano tendido de la vertiente, el avanzar por lechos poco profundos, apenas por debajo de las tierras de cultivo y flanqueado por formaciones de arena muy blanca y por algarrobales, confieren al Piura sus rasgos más característicos. Y esta es la imagen que termina por imponerse: la de un río que discurre por entre fogosas llanuras de arena, interrumpidas aquí y allá por bosques calcinados y por agrupaciones de dunas itinerantes, muchas de ellas atrapadas por zarpas de vegetaciones rastreras. Porque, sobre un fondo de desolación ilimitada, el paisaje del valle del Piura es austero, reconcentrando, casi hierático, con un verdor hondo, cada vez más oscurecido a medida que los algarrobos se hacen determinantes entre los bosques pues, aunque languidecientes y degradados, éstos existen aún entre los vastos arenales de inclemente belleza. (Gutiérrez 1991, t.III:381-382)

Pero no solo los ríos sino otras aguas fertilizan también el despoblado y el desierto:

"Asimismo habrá de considerarse las aguas subterráneas producto de filtraciones y de corrientes internas; aguas recónditas, herméticas, que subyacen por debajo de sucesivas capas de limos y arena, de arcilla, de grava y cantos rodados, en que a veces es preciso romper ampollas de aguas saladas, amargas y seguir descendiendo más niveles antes de alcanzar las napas auríferas profundas, clepsidras de líquido dulce y fresco, albercas insondables que secretamente mantienen latente la vida de las superficies más áridas, tanto que las napas freáticas suelen aflorar en forma de jagüeyes, como los nombrados Jagüey Grande, Jagüey de Pavas y Jagüey de la Leche. Y con los jagüeyes debemos agrupar a las lagunas litorales, donde se mezclan las aguas dulces con las saladas, lagunas, ciénagas, albúferas, estanques, charcas, pozas, producto de colmatajes marítimos, de antiguos meandros o de antiguos ensayos de delta, como las lagunas de Napique y Ramón de Sechura, sin contar con la de Letirá que, según consta en *El Libro de don Chanduvi Mechato*, empezó a secarse en 1891." (Gutiérrez 1991, t.III: 368).

Finalmente recordemos que:

"... frente a estas lagunas y surtideros de los estuarios, despoblados y desiertos se halla el universo de lagunas, de naturaleza morrénica, del área andina, como las de San Miguel, la Laguna Prieta, las de Ambulcoy Topal, en Ayabaca o las sobrecogedoras lagunas de Las Huarinas, como se les conoce de manera genérica, al norte de Huancabamba en la sierra de Huamaní, que constituyen, como lo señalaran Humboldt y Raimondi, verdaderos reservorios de aguas de la tierra piurana, ya que allí tienen sus más remotos orígenes el Huancabamba, de la vertiente Atlántica, el Piura y el Quiroz, afluente del Chira." (Gutiérrez 1991, t.III: 368).

Y algunas líneas faltan todavía sobre el valle del río Huancabamba, el valle de la vertiente Atlántica. El río que nace en la laguna Shimbé y baja directamente al sur entre las dos vertientes Atlánticas y Pacíficas de los Andes de Huancabamba. En su parte alta corre entre laderas húmedas y verdes hasta la ciudad de Huancabamba, en su parte media se encajona entre laderas secas y calientes y, antes de doblar hacia el este y entrar en la vertiente amazónica y el Marañón por Hualapampa en Huarmaca, corta las pendientes más áridas que pudimos ver en toda la sierra piurana.

Bien, hemos caminado por toda la región, tenemos en los ojos tantos colores que perdimos de vista el fin que nos proponíamos al comenzar este capítulo: ver si este territorio constituye una región y cuáles son sus características. Considerada desde sus límites heredados de la colonia española el espacio que nos interesa constituyó y sigue constituyendo una "región" en el sentido que posee características físicas, climáticas, ecológicas, particulares, que la distinguen de sus vecinas.

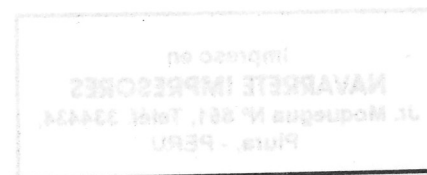
Si tendríamos que definir el extremo norte del Perú diríamos: Es una región "transversal", una región "entre". De hecho es la "transversal" de Huancabamba, que establece una comunicación directa y explica la similitud entre las vertientes Pacíficas

y Atlántica de la cordillera de los Andes, la que da una especificidad a la región. Una región entre trópico seco y húmedo, entre vientos y corrientes, entre desierto y selva.

La presencia de manglares en la desembocadura de los ríos Tumbes y Zarumilla y relictos de esta formación en la del río Piura, los extensos bosques secos de los cerros Amotape y del Alto Piura así como todo el despoblado donde un clima mucho más húmedo que al sur de Olmos permite contar con numerosos años lluviosos, el fenómeno El Niño que las trae, son otras particularidades del extremo norte del Perú.

De hecho vista desde el interior la región no se presenta como una unidad, hemos visto que fronteras físicas, climáticas y ecológicas la cortan y la dividen entre dos grandes espacios, la costa y la sierra, y la subdividen entre siete eco-regiones, de las once definidas para todo el Perú.

Y quizás el rasgo más importante que distingue esta región es la variedad de sus eco-regiones y la cercanía de éstas, no olvidemos que en menos de medio día de camino se baja del páramo o la puna a la selva alta, de allí otro medio día de camino conduce al bosque seco y en otro medio día se llega al desierto y el litoral. Y esta diversidad ecológica es una especificidad regional que atestigua de una riqueza natural envidiable de la cual no participan las regiones vecinas.



Impreso en
NAVARRETE IMPRESORES
Jr. Moquegua N° 851, Teléf. 334434,
Piura, - PERU